

BOLSILIBROS
BRUGUERA

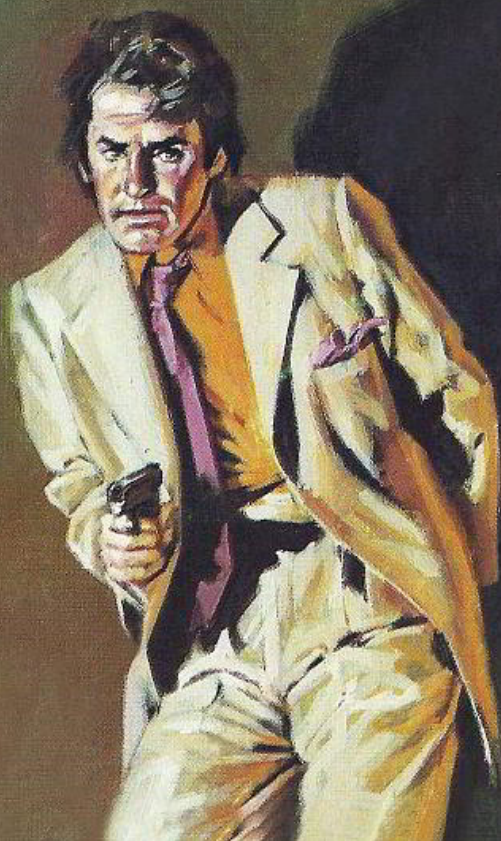
SERVICIO
SECRETO

Ss

JUEGOS DEL PARAISO

*Lou
Carrigan*

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



Hamilton Travers, que se disponía a entrar en su coche estacionado en la zona apropiada en los terrenos de la CIA, volvió lentamente la cabeza, y miró con gesto inexpresivo a la señorita Merton.

—En principio, sí —murmuró—. Tengo que recoger algunas cosas, para marchar a descansar el fin de semana.

—¿Está usted cansado? —rió la muchacha.

—Físicamente, no.

—Ya me parecía a mí... ¿Podría llevarme a Washington? Vine con mi coche, pero se ha estropeado. No he conseguido ponerlo en marcha.



Lou Carrigan

Juegos del paraíso

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1634

ePub r1.0

Lds 13.02.19

Título original: *Juegos del paraíso*

Lou Carrigan, 1981

Cubierta: Alberto Pujolar

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



REUNIÓN SEMANAL

El director en funciones de la Comisión Analítica de la CIA dejó a un lado el *dossier* que había sido comentado en último lugar, y miró su reloj de pulsera.

Sentados con él a la larga mesa ovalada que ocupaba el centro de una de las salas de reuniones en el edificio de la CIA en Langley, los demás miembros de la comisión imitaron maquinalmente el gesto, y uno de ellos comentó:

—Es bastante tarde ya. Podríamos levantar la sesión.

El director movió la cabeza y puso la mano derecha sobre otro *dossier* que tenía ante él.

—Sólo queda un asunto para atender —dijo—. Si nos vamos ahora tendría que quedar para la próxima semana, y no me parece conveniente. Por otra parte, no tiene demasiada importancia, podemos despacharlo en pocos minutos. Espero —sonrió— que nadie tenga inconveniente.

No parecía haber inconveniente alguno, como quedó claro por el silencio y algunos encogimientos de hombros de los miembros de la comisión. Pero el director era un hombre muy cortés y considerado, de modo que miró amablemente a la encantadora muchacha estenotipista que estaba encargada de tomar nota de todos los asuntos para ser luego transcritos y archivados.

—¿Señorita Merton? —inquirió.

—Claro que no, señor —sonrió la muchacha—. Por mí podemos seguir, naturalmente.

Además de la estenotipista había dos agentes de la CIA en la sala, encargados de atender una posible llamada telefónica y la puerta, respectivamente. Por supuesto como la señorita Merton, ambos de absoluta confianza.

Uno de ellos se llamaba Peter Hillerman, era de mediana estatura, robusto, de facciones duras y un tanto hoscas. El otro se llamaba Hamilton Travers, media más de metro ochenta, era rubio, de ojos grises, y tenía en un continuo suspiro a la señorita Merton debido a su gran atractivo. Ambos, Travers y Hillerman habían rebasado ya el tipo de misiones rutinarias y hasta peligrosas, y estaban en franca promoción para ocupar puestos interiores de importancia en la central de la CIA.

—¿Hillerman? —preguntó el director.

—No hay problema —aseguró Hillerman.

—¿Travers?

—Lo mismo digo, señor.

—Muy bien. Gracias a todos. Veamos... —El director abrió el *dossier* y frunció el ceño—. Tenemos aquí el asunto de ese agente ruso, el tal Revaz Praskunin, que ha fallecido en uno de nuestros cuartos de... diálogo debido a un paro cardíaco. Este Revaz Praskunin, antes de morir, pudo decirnos qué había venido a hacer a Estados Unidos...

—¿A qué fue debido el fallo cardíaco? —preguntó un miembro de la comisión.

—Bueno... Creo que todos lo hemos comprendido Stacey. Praskunin opuso una inicial resistencia a explicarnos qué estaba haciendo en Estados Unidos, y naturalmente fue... presionado hasta que se mostró más comunicativo. Lamentablemente, debía ser un hombre de corazón sensible, y falleció cuando sólo nos había dicho parte de lo que sabía.

—¿Qué vino a hacer a Estados Unidos? —preguntó otro.

—Al parecer, tenía un contacto aquí con alguien que podía proporcionarle una cosa muy interesante. Me refiero a ese nuevo medicamento energético llamado *Mistowen* con el que en un futuro muy cercano se pensaba equipar a nuestros soldados en todo el mundo. Es decir, no a los soldados directamente, sino al cuerpo médico.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con un medicamento? —se sorprendió otro miembro de la comisión.

—En este caso, sí, porque ese medicamento pasó por el Centro Analítico Farmacéutico de la CIA. La idea era que nuestros hombres en misión de acción podían ser provistos del *Mistowen* como... un

recurso de emergencia en situaciones apuradas. El *Mistowen* es algo así como una droga de gran poder de recuperación, pero que no ocasiona hábito. Una maravilla.

—¿Y ese agente ruso ha conseguido el *Mistowen*?

—Ha conseguido la fórmula, sí. Y cuando lo detuvimos ya la había puesto en camino hacia Rusia.

—¿Cómo demonios consiguió la fórmula el ruso? —Gruñó otro miembro.

—La compró.

—¿Cómo que la compró? ¿A quién?

—Eso no tuvimos tiempo de hacérselo confesar. Sólo que la fórmula estaba camino de Rusia, o que lo estará pronto. Depende de los sistemas de correo que tengan los rusos desde aquí a Rusia. Cabe suponer que no van a movilizar su sistema sólo por una fórmula, y que ésta saldrá hacia Rusia pronto junto con otras cosas o informaciones que el servicio secreto ruso haya conseguido en Estados Unidos.

—Quizá esa fórmula ya esté en Rusia.

—Es posible, pero creemos que no. Y si lo está, peor para los rusos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Bueno, una cosa está clara: alguien de los nuestros, o de los laboratorios donde fue trabajada y puesta a punto la fórmula del *Mistowen*, se la vendió a Revaz Praskunin. No tenemos ni idea de quién puede ser el traidor que vendió la fórmula, pero claro está, yo rechazo la posibilidad de que haya sido uno de nuestros empleados del centro analítico, o algún agente con acceso al centro. Tuvo que ser, pues, alguien empleado en los laboratorios estatales donde fue creada esa fórmula. Sea quien sea, les ha prestado un flaco servicio a los rusos, porque el *Mistowen* ha resultado un fracaso. Es decir, aparentemente, sus resultados iniciales son óptimos, pero no hace mucho se ha sabido que determinado componente del *Mistowen* ocasiona una secuela de importancia en las personas que lo ingieren.

—¿Qué secuela?

—Al parecer, unos días después de ingerido el *Mistowen* comienza a producirse un efecto secundario que se caracteriza por deformaciones óseas.

—¡Diablos! ¡Pues vaya un medicamento!

—Les recuerdo que todavía estaba sin utilizar por seres humanos. Naturalmente, la fórmula del *Mistowen* va a ser destruida, y ese «medicamento» olvidado... por nosotros, al menos. Si los rusos deciden utilizarlo, allá ellos. Por eso he dicho que el traidor que vendió la fórmula a Revaz Praskunin no se ha cubierto de gloria precisamente. En principio, sí, le deben haber pagado bien, y los rusos deben estar muy contentos con sus servicios, pero en cuanto comiencen a aparecer los efectos secundarios del *Mistowen* me parece que no estarán tan contentos.

—¿Quiere eso decir que no vamos a avisarles? —preguntó con cierta incredulidad otro miembro de la comisión.

—¿Avisarles de qué? —preguntó el director.

—¡De lo que puede ocurrirles si utilizan el *Mistowen*!

—Ya. En primer lugar, debemos esperar que los rusos hagan sus propias pruebas de comprobación antes de utilizar el *Mistowen*. Y en segundo lugar, si nosotros les avisamos de lo que puede ocurrir ellos comprenderán que capturamos o al traidor o a Praskunin, pues de otro modo no sabríamos lo del robo. Pronto sabrán que no es al traidor a quien hemos descubierto, así que deducirán que a quien hemos cazado ha sido a Praskunin. Así que nos pedirán un canje. ¿Y cómo vamos a hacer un canje si Praskunin ha muerto?

—Pero si no les avisamos puede ocurrir algo espantoso en Rusia...

—Se darán cuenta pronto de que no deben utilizar el *Mistowen*. En cuanto a lo que les ocurra antes, no les habría ocurrido si no hubiesen enviado a robar fórmulas aquí.

—Eso es muy duro, Baker.

—Sí, lo es. Pero no podemos hacer otra cosa. Bueno, somos espías, ¿no es así? Se juega, y un día se gana y otro día se pierde. Es lo que va a ocurrirle al traidor que vendió la fórmula a Praskunin: cuando los rusos vean lo que pasa con sus huesos después de haberla utilizado, ese hombre será asesinado, seguro. Así que tendremos un traidor menos..., y no tendremos que admitir nunca que un agente ruso se nos murió en las manos por... exceso de presión en un interrogatorio. Lo malo es esa mujer, Modesty Caron, que está husmeando los últimos pasos de Praskunin.

—¿Quién es esa Modesty Caron?

—Pasaporte británico —sonrió el director—, pero, naturalmente, es rusa. Está tras los pasos de su desaparecido camarada Revaz Praskunin. Deben estar preocupados por su desaparición, claro.

—Es lógico. ¿Qué vamos a hacer con esa rusa?

—Nada. Nada absolutamente. Ella está en Miami rastreando a Praskunin. Bueno, que rastree lo que quiera, y cuando se canse volverá a Rusia, y dirá que Praskunin se ha esfumado. Los rusos pensarán que lo hemos cazado, por supuesto, pero una cosa es pensarlo y otra cosa saberlo. Y no seremos nosotros quienes digamos que uno de los suyos ha muerto en nuestras manos. No, señor, no lo diremos. De manera que dejaremos las cosas como están, y que cada cual cargue con las consecuencias de sus actos... secretamente.

—Yo insisto en que eso es muy duro —murmuró el mismo hombre de antes.

—Lo es —dijo otro—, pero como bien ha dicho Baker, que cada cual cargue con las consecuencias de sus actos. No tenemos por qué comprometernos avisando a los rusos de lo que puede ocurrirles. Con lo que no estoy conforme es con lo de esa agente rusa que se hace llamar Modesty Caron y que está aquí con pasaporte británico.

—¿Qué sugieres respecto a ella? —preguntó el director.

—Caramba, creo que al menos deberíamos someterla a vigilancia. Muy discretamente, eso sí, pero no perderla de vista.

—Ya la están vigilando, claro está —asintió el director—. Pero habíamos pensado olvidarnos de ella.

—No veo por qué tenemos que desentendemos de lo que haga esa mujer en nuestra propia casa. Podemos mantenerla bajo vigilancia sin que ella tenga la más remota idea al respecto.

Hubo murmullos de aprobación. Baker, el director, asintió de nuevo.

—De acuerdo. Modesty Caron está en el *Coral Hotel*, de Miami Beach, y mientras permanezca ahí, la vigilarémos estrecha... y discretamente. Esperemos que pronto pase a Cuba y deje de fastidiar. Por lo demás, salvo objeciones de fondo, creo que todo está dicho... ¿Alguien tiene algo que añadir?

Nadie tuvo nada que añadir.

El director cerró el *dossier* del *Mistowen* y el espía ruso Revaz Praskunin, y dijo:

—Se levanta la sesión. Caballeros, hasta la semana que viene —
miró simpáticamente a la estenotipista—. Gracias por su
colaboración, señorita Merton. Y lo mismo a ustedes, Travers y
Hillerman. ¡Feliz semana!

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Va usted a Washington, señor Travers?

Hamilton Travers, que se disponía a entrar en su coche estacionado en la zona apropiada en los terrenos de la CIA, volvió lentamente la cabeza, y miró con gesto inexpresivo a la señorita Merton.

—En principio, sí —murmuró—. Tengo que recoger algunas cosas, para marchar a descansar el fin de semana.

—¿Está usted cansado? —rió la muchacha.

—Físicamente, no.

—Ya me parecía a mí... ¿Podría llevarme a Washington? Vine con mi coche, pero se ha estropeado. No he conseguido ponerlo en marcha.

La mirada de Hamilton Travers quedó inmóvil en el rostro de la señorita Merton. Era muy muy muy bonita. Tenía los cabellos rojos, la boca grande y jugosa, los ojos verdes y resplandecientes. Y un cuerpo sencillamente magnífico. Y era lo bastante alta para hacer una formidable pareja con el agente de la CIA.

—Si lo desea —dijo despaciosamente Hamilton— puedo ver qué tiene su coche. Entiendo bastante de esas cosas.

—Oh, bueno, no se moleste...

—No sería molestia. Además, será un grave inconveniente para usted dejarlo aquí, ¿no? Imagino que tendrá pensado ir a alguna parte este fin de semana.

—Pues no —susurró ella—. No. Había pensado pasarlo en mi apartamento de Washington, descansando.

—¿Está usted cansada?

—¡Físicamente, no! —rió la señorita Merton—. Pero todo eso de la reunión... A veces pasan cosas terribles, ¿no cree?

—Las cosas terribles ocurren con mucha más frecuencia de lo que usted cree. Pero sí, a veces todavía son más terribles... A decir verdad, me dan ganas de solicitar una semana entera de mis vacaciones acumuladas. Es bueno reposar la mente. Bien, suba. Naturalmente, no tengo inconveniente en llevarla.

—Gracias.

Entraron los dos en el coche, y poco después estaban camino de Washington. La señorita Merton miraba de reojo a Hamilton Travers, cuyo enérgico perfil parecía agudizarse en la sólida barbilla, que parecía de roca al resplandor de las luces del *tablier*. Un automóvil se cruzó con ellos en la noche, y sus luces bañaron el rostro de Hamilton de un modo fantasmagórico.

—Debe... debe haber llevado usted una vida interesante —dijo de pronto la muchacha.

—¿En qué sentido? —preguntó Hamilton, sin mirarla.

—Bueno, todo eso... Usted ha estado bastantes años en el Grupo de Acción, ¿no es cierto?

—Sí... Algún tiempo.

—Me imagino que debe ser usted un hombre peligroso.

Ahora sí la miró Hamilton, con cierta ironía amable.

—¿En qué sentido? —inquirió.

—Como espía, claro...

—Ah. Sí, en efecto, soy una persona a la que es mejor no molestar.

—Supongo... que habrá matado a alguien.

—Creo, señorita Merton, que no deberíamos hablar de cosas del trabajo.

—Sí, es verdad. Yo... me llamo Rosemary.

—Sí, ya lo sé. Y sé que usted sabe que me llamo Hamilton. Y debe saber muchas más cosas sobre mí, pues tengo entendido que últimamente se ha estado interesando usted por mi ficha.

—¿Qué... qué dice...? —Se sonrojó violentamente Rosemary Merton—. ¿Que yo... qué?

—Bueno, tal vez mi informador la haya confundido con otra chica de la casa —la miró de nuevo Hamilton—. Aunque no es probable. Resulta usted muy característica, con esa cabellera roja y sus maravillosos ojos verdes. Aunque a decir verdad me han hecho comentarios muy sabrosos respecto a otras partes de su anatomía.

Oh, entienda, nada ofensivo; más bien admirativo. Veamos, señorita Merton: ¿por qué ha estado usted fisgando en mi ficha? Eso no está permitido, ¿sabe?

—Bu-bueno, realmente, yo..., creo... creo que se han confundido, señor Travers.

—Entonces ¿no ha sido usted? —se sorprendió Hamilton—. Asombroso. Me resisto a creer que haya dos chicas como usted en la casa. Pero si usted lo dice, para mí es indiscutible. Sin embargo, le diré una cosa: no me he creído que su coche esté averiado.

—¿Qué... qué?

—En realidad, lo que usted ha tramado y conseguido es venir conmigo a Washington. ¿Por qué?

—No, no, yo no... No.

—Señorita Merton, últimamente me la estoy encontrando a usted hasta en la sopa, como suele decirse: en el restaurante, en el bar cuando voy a tomar un café, en los pasillos, en el estacionamiento, en la sala de comunicaciones... Francamente, espero que tenga usted de mí una opinión favorable como espía. Lo que significaría que por fuerza yo tendría que pensar que tantas casualidades no son... casuales. Así que es evidente que usted está haciendo todo lo posible para relacionarse conmigo, y me gustaría saber cuál es el motivo. ¿Quizá su interés es puramente sexual?

Rosemary Merton no contestó, y Hamilton la miró de nuevo, de aquel modo un tanto ceñudo, pero amable. Como ella persistiera en su silencio, Hamilton acabó por mover la cabeza con un gesto de desconcierto.

—Bueno, si no es eso me pregunto qué otra cosa puede ser, francamente. ¿Puede decírmelo?

—Es usted... un bruto.

—¿Yo un bruto? —Se pasmó Hamilton—. ¡Sabe usted perfectamente que eso no es cierto!

—¡Es un bruto! ¡Y un engreído!

—¿Engreído? ¡Ésta es buena! Escuche, usted es joven y bonita, y lo sabe, ¿no es cierto? Bueno, pues yo también sé que mido metro ochenta y dos, que tengo treinta y un años, y que no soy precisamente una persona de aspecto físico desagradable. ¿Esto le parece a usted engreimiento? Pero espere... ¿Tal vez a usted le parezco una persona desagradable?

—No... No.

—Ah. Bueno, usted también me gusta mucho a mí, señorita Merton, no voy a negarlo. No sólo sería embustero, sino tonto. Pero voy a decirle la verdad: este fin de semana tengo deseos y necesidad de descansar, no de acostarme con una mujer, por bonita que sea.

—Detenga el coche —jadeó Rosemary.

—Todavía no hemos llegado a Washington.

—¡Detenga el coche, quiero apearme, no quiero seguir con usted, pare!

—¿Entiendo que piensa hacer auto-stop? —rió Hamilton.

—¡Haga el favor de detener el coche!

Hamilton Travers detuvo el coche en el arcén, y la señorita Merton se apeó y cerró enérgicamente la puerta. Todo el coche tembló y Hamilton se encogió, como si acabase de recibir un impacto. Iba a decir algo, pero la señorita Merton ya caminaba hacia el borde de la carretera, por detrás del vehículo. Hamilton Travers sonrió secamente, y continuó camino de Washington.

Hora y media más tarde, Hamilton estaba viajando hacia el Sur, tras haber pasado por su apartamento de Washington y recoger algunas cosas adecuadas para pasar el fin de semana en un lugar informal y tranquilo.

Su plan era simple, pero arriesgado; en cualquier momento podía ser detectado por alguien de la CIA, y un comentario sobre su viaje a Richmond resultaría de lo más inoportuno. Pero estaba decidido. Recorrería los trescientos kilómetros hasta Richmond, y allá tomaría el primer avión de línea regular o si era necesario un vuelo *chárter* que lo trasladase a Miami.

Simplemente, estaba dispuesto a todo.

Pensó en la espía rusa que decía ser británica y llamarse Modesty, indudablemente, debía ser una mujer de cuidado, una espía bien entrenada, pues de otro modo no estaría sola o aparentemente sola buscando a Revaz Praskunin por Miami. Sí, la CIA debía haber cazado a Praskunin en Miami, claro, cuando se disponía a partir hacia Cuba, probablemente. Y Modesty Caron, *que* había sido informada por el servicio secreto ruso de la desaparición de Praskunin en Miami, había acudido a buscarlo.

Sí, por supuesto, Modesty Caron debía ser inteligente y peligrosa, y debía estar muy bien entrenada. En realidad, todo lo

que le faltaba saber de una espía de su evidente categoría era si era fea o bonita. Lo demás, podía adivinarlo.

* * *

La señorita Modesty Caron, en cuyo pasaporte constaba que era británica y que decía haber llegado a Miami de vacaciones procedente de las Bahamas, era preciosa. Alta, esbelta pero de formas bien contrastadas, muy doradita por el sol de las Bahamas según podía deducirse, y, esencialmente, muy femenina, dulce y delicada. Sus cabellos levemente ondulados eran rubios, y sus ojos espléndidamente verdes. La boca era muy bonita, sonrosada, y parecía flotar en ella siempre una sonrisa.

En resumen, era un encanto de criatura, y cualquiera que la hubiera visto en aquella mañana soleada duchándose en su *suite* del *Coral Hotel* de Miami Beach habría tenido que rendirse a esta evidencia, por exigente que fuese. Ver a la señorita Caron y desearla era todo uno. Sobre todo en aquel momento, en que el agua de la ducha, deslizándose por su magnífico cuerpo, arrastraba el adorno de espuma por sus hombros, pechos y vientre.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

La señorita Caron volvió la cabeza hacia el cuarto de baño, pero permaneció inmóvil bajo la ducha. No apareció en su bello rostro expresión alguna. Simplemente, estuvo escuchando el teléfono hasta que dejó de sonar. Luego, terminó de ducharse, salió de la bañera, y procedió a secarse ante el espejo, contemplando críticamente sus pezones rosados y no demasiado grandes. El tamaño justo. Preciosos.

Cuando volvió a sonar el teléfono la señorita Caron salió del cuarto de baño, cruzó el dormitorio hacia la mesita de noche, y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Señorita Caron, una llamada para usted del exterior.

—Quiere usted decir de fuera del hotel.

—Sí, sí. ¿Le pongo?

—Por supuesto. Gracias... ¿Diga?

—¿Modesty Caron? —Sonó una voz masculina.

Modesty entornó los párpados.

—Sí, en efecto.

—Vamos a hablar en ruso, para que nadie nos entienda —dijo el comunicante, en este idioma—. Escúcheme bien, porque...

—¿Oiga? —dijo Modesty—. ¿Oiga? Perdone, pero no entiendo lo que dice... ¿Oiga?

—Escuche —insistió el hombre en ruso—, comprendo su actitud, pero estamos perdiendo el tiempo y corriendo un riesgo innecesario. Seguramente, la telefonista del hotel ni siquiera ha oído jamás a nadie hablando en ruso, así que debe pensar que estamos hablando en cualquier idioma desconocido para ella, simplemente. Pero no podemos hablar mucho tiempo. ¿Me comprende usted?

—Oiga, perdone, pero no entiendo nada...

—Yo sé que sí. Y escuche bien: la CIA la tiene a usted localizada, y saben que está rastreando al desaparecido Revaz Praskunin. Espero que comprenda el apuro en que se encuentra y que acepte mi ayuda. ¿Me comprende bien?

—Perdone, señor, pero sigo sin entenderle. ¿Sería tan amable de decirme quién es usted? —habló siempre en inglés Modesty.

—Le diré lo que tiene que hacer —continuó por su parte en ruso el comunicante—. Debe dar esquinazo a los agentes de la CIA que la tienen controlada. Estoy seguro de que podrá arreglárselas, de aquí a la noche. Si lo consigue, acuda a las nueve a un bar llamado *The Reef*. Está en Bayshore Drive, frente al *Coral Reef Yacht Club*. Son poco más de las diez de la mañana, de modo que dispone prácticamente de once horas para burlar a la CIA. Ahora bien, si no lo consigue, acuda de todos modos al *The Reef*, pero cuando entre vaya directa a los servicios. Yo entenderé. Si en lugar de ir a los servicios ocupa una mesa, haré contacto con usted. Tenga cuidado.

Modesty Caron fue a decir algo, pero oyó el chasquido del auricular al ser colgado por su comunicante, y se quedó mirando el auricular tras apartarlo de su encantadora orejita. Colgó y regresó al cuarto de baño, a terminar su sencillo tocado matinal.

Hacia las once de la mañana, ataviada con un bonito conjunto azul de primavera, Modesty Caron salía del hotel y se metía en el coche que había alquilado a su llegada a Miami. Tan sólo quince segundos más tarde, circulando en plan de paseo por Collins Avenue, vio por medio del espejo retrovisor el coche que la seguía.

Unos segundos más tarde, al detenerse ante un semáforo, pudo ver muy cerca detrás del suyo el otro coche, y los dos hombres que ocupaban el asiento delantero.

La señorita Caron sonrió divertida, y cuando el semáforo cambió a verde continuó su paseo.

* * *

A las nueve en punto de la noche entraba en el bar llamado *The Reef*, y fue directa, sin vacilación alguna, a ocupar una de las mesitas colocadas hacia el fondo, arrastrando con ella las miradas de todos los hombres presentes. Si había alguien en el mundo que no pudiera pasar desapercibida, ese alguien era sin duda Modesty Caron.

Ocupó la mesita, y sonrió al camarero que había acudido trotando tras ella.

—¿*Whisky* con naranja, por favor? —Pareció suplicar.

—Inmediatamente.

—Y con hielo.

—No faltaba más. Pero... ¿está segura? Creo que el combinado le gustaría más si fuera de vodka. Vodka con naranja.

—Sí, vodka con naranja. ¿No he pedido eso?

—Ha pedido *whisky* con naranja —sonrió el hombre.

—¡Qué horror! He querido decir vodka, claro. Gracias.

El camarero se alejó, y Modesty paseó lentamente la mirada por el local. Agradable. Había parejas, un par de grupitos de hombres solos, dos chicas tomando algo que parecía *Martini*... Un tocadiscos automático emitía música de Barbara Streissand. Cantaba bien.

Imposible ignorar la sonrisa del camarero, que regresó con el vodka con naranja.

—Espero que le guste.

—Es usted muy amable.

Tomó el vaso, bebió un sorbito y miró complacida al camarero. Pero acto seguido encendió un cigarrillo y pareció olvidarse completamente de él. El hombre se retiró. Un minuto más tarde se convenció de su hipótesis respecto a que la preciosa rubia estaba esperando a alguien. Y ciertamente, alguien con quien no parecía conveniente gastar bromas.

El hombre alto, atlético, de más de metro ochenta, que entró en el local lentamente, vio en el acto a la muchacha y se dirigió directo hacia ella. En seguida, los demás hombres, incluido el camarero, optaron por la sana decisión de dejar de mirar con tanto interés a la muchacha.

—Buenas noches —se detuvo el recién llegado ante la mesa de Modesty—. ¿Modesty Caron?

—Sí. El hombre se sentó. Modesty le miraba con atención bien controlada.

—De modo —sonrió él ceñudamente— que sí entiende usted el ruso.

—¿Quién es usted? —musitó Modesty.

—Puede llamarme «Moscow».

—¡Oh, vamos...!

—¿No le gusta el nombre de «Moscú»? Siendo usted rusa, debería gustarle.

—Escuche, o hablamos en serio o me voy ahora mismo.

Hamilton Travers asintió, se volvió e hizo una seña que el camarero interpretó al ver al mismo tiempo el movimiento de sus labios. Así pues, le sirvió a Hamilton un *whisky* doble y volvió a su sitio. Hamilton bebió un sorbo de *whisky* y luego encendió un cigarrillo, siempre observado atentamente por Modesty Caron, cuya mirada, directa, inteligente y penetrante parecía querer profundizar hasta lo más hondo de la mente del americano.

—¿Seguro que ha despistado a la CIA? —preguntó Hamilton.

—Sí. Naturalmente, he reconocido su voz. Usted es quien me llamó esta mañana..., pero no es ruso. Es americano.

—Así es —sonrió Hamilton—. Soy un maldito traidor americano.

CAPÍTULO II

Modesty bebió un sorbo de vodka con naranja y dijo:

—Muy interesante. ¿Qué más?

—Supongo que cree que le estoy tendiendo una trampa.

Modesty sonrió, y Hamilton se quedó mirándola como deslumbrado, fascinado.

—Mire usted, «Moscow», a mí no me gusta perder el tiempo, pero si a usted le satisface, pues muy bien. Gracias a usted, esta mañana pude cerciorarme de que, en efecto, me vigilaban. Y me pregunto: ¿qué clase de trampa podría tenderme usted si la CIA ya me tenía localizada? Con capturarme, todo arreglado, ¿no? Así que si se trata de alguna trampa de la CIA tiene que ser interesantísima, y, perdida por perdida, le escucharé con mucho gusto. ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Perfecto —sonrió Hamilton—. Nos entenderemos bien. Usted está buscando a Revaz Praskunin... ¿Cierto?

—Cierto.

—No lo busque más: está muerto.

—Ah.

—¿Sabe usted lo que Praskunin consiguió antes de morir?

—No tengo la menor idea. Todo lo que yo tengo que hacer en Miami es buscarlo. Pero según entiendo, mi misión puede darse por terminada.

—Así es. Claro está, usted no sabe lo que es el *Mistowen*.

—No. ¿Qué es?

—Un... medicamento. Mi nombre auténtico es Hamilton Travers, y soy empleado de la CÍA. Actualmente realizo trabajos de cierto nivel interior, pero hasta no hace mucho estuve por ahí, trabajando en la acción. Fue así como conocí a Praskunin, hace un

par de años, en Europa. Tuvimos algunas charlas. Finalmente, me hizo la proposición y acepté.

—¿Qué proposición?

—Que trabajara para ustedes. Lo he estado haciendo con cierta frecuencia. Nada importante... hasta que conseguí la fórmula del *Mistowen*, y se la entregué. Pero cazaron a Praskunin, y no me enteré hasta que ayer hubo la reunión semanal en Langley sobre ciertos asuntos.

—¿Qué asuntos? —sonrió Modesty.

—Varios. Entre ellos, el que nos ocupa. Cuando oí que Praskunin había sido capturado se me heló la sangre en las venas. Por fortuna, no pudo decir quién le había facilitado la fórmula del *Mistowen*; sólo que la había cursado hacia Rusia.

—Eso es normal, ¿no?

—Tenemos que recuperar esa fórmula.

Modesty se quedó mirando simpáticamente a Hamilton. Bebió otro sorbito de *vodkorange*. Y preguntó:

—¿Por qué?

Hamilton Travers lo explicó todo, y Modesty le escuchó en silencio. No le interrumpió ni una sola vez; parecía una estatua. Cuando el americano terminó, Modesty murmuró:

—Es de suponer que en Rusia se darán cuenta de esa... peligrosa peculiaridad del *Mistowen*, señor Travers.

—Ya he pensado en eso, y esa posibilidad fue admitida en la reunión. Pero tenga en cuenta que nuestros laboratorios han tardado en darse cuenta del peligro de ese medicamento, así que es posible que lo mismo ocurra en Moscú. Y si tal cosa sucede y hacen pruebas y se producen... percances, soy hombre muerto. Creerán que he pretendido engañarles, que durante todo este tiempo he estado simulando trabajar para ustedes a fin de darles un mal golpe en determinado momento.

—Entiendo. Está usted en dificultades, francamente. Pero la cuestión es muy simple: avise a mi servicio de las peculiaridades del *Mistowen* y listo. Yo misma puedo pasar el aviso de que...

—No, no, no. Quiero recuperarla yo. Y quiero hacerlo antes de que esa fórmula salga de Estados Unidos, si es posible.

—¿Por qué? A mí me parece que se está usted complicando la vida todavía más. Deje que el *Mistowen* llegue a Moscú y yo me

encargo de avisar que la droga no sea utilizada.

—Quiero recuperar esa fórmula, y cuanto antes mejor.

—Dígame exactamente por qué. Si insiste en complicarse la vida debe ser por algo concreto y razonable, ¿no?

—Supongamos que la fórmula es vendida por alguno de ustedes a otro servicio de espionaje. Con esto, claro, quiero decir que es posible que alguno de sus camaradas sea traidor y venda esa fórmula a otro país. ¿Cómo avisar a éste de lo que puede suceder si la utilizan? Suponiendo que sucesivamente esa fórmula se vaya vendiendo de uno a otro agente, en poco tiempo varios países dispondrían de ella. Sería espantoso lo que iría sucediendo a muchas personas muy pronto.

—¿Tal vez pretende que yo recupere esa fórmula para usted? ¿Que vaya a pedirla y que explique lo sucedido?

—No. No la creerían a usted, ni a mí. Sus camaradas pensarían que le había engañado a usted, y que quería engañarlos también a ellos con tal de recuperar la fórmula. Y lo que es peor: podrían pensar que he sido descubierto, y que la CIA me ha impuesto que recupere esa fórmula a cambio de mi vida. Y si piensas que he sido descubierto por la CIA, también me eliminarán sus camaradas.

—Realmente, señor Travers, está usted en un serio apuro. ¿Qué espera de mí, en estas circunstancias?

—Le diré lo que pretendo: recuperar esa fórmula, pero sin que sea mencionado mi nombre en ningún momento, ni por rusos ni por americanos. Necesito saber cuál es el sistema del correo de ustedes para enviar esa clase de cosas a Rusia, y yo me encargaré de recuperar la fórmula de tal modo que podrán pensar que el correo ha sido asaltado por alguien totalmente ajeno a mí. Yo destruyo la fórmula, nadie se entera de mi intervención, y usted y yo nos separamos como buenos amigos.

—Usted debe estar bromeando —rió Modesty.

—Estoy haciendo algo por Rusia, ¿no? Lo menos que puedo esperar es comprensión por parte de usted.

—Comprensión, sí. Y hasta cierta simpatía, pues resulta usted bastante humanitario al querer eliminar los peligros de las sucesivas ventas del Mistowen. Comprensión y simpatía, sí. ¡Pero si espera usted que yo le diga cómo funciona nuestro correo, está loco... o me toma por imbécil! ¡No se lo diría aunque lo supiera!

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—Claro que no. Mi trabajo no es de esa índole. Pero le repito que no le diría nada de nuestro correo aunque lo supiera. ¡Vamos, usted tiene que entender esto, señor Travers!

—Si no hubiera sido por mí —susurró Hamilton—, usted no estaría libre ahora, seguramente. Mis compañeros de la CIA quizá hubieran decidido detenerla ya.

—Eso es cierto —admitió la muchacha—. Bueno, le debo un favor, y lo que usted pretende me parece bien..., si es que es cierto, claro, cosa que dudo en buena medida. De todos modos, me gustaría devolverle el favor. Pero no sé cómo. Bueno... Es decir...

—¿Sí? —se animó Hamilton.

—La verdad es que yo también estoy un poco comprometida. Si me voy ahora de Miami, mis jefes me preguntarán por el resultado de mi misión, y cuando les diga que Praskunin ha muerto querrán saber cómo me he enterado. ¿Admitiría usted habérmelo dicho?

—¡Claro que no! Mire, oficialmente yo estoy lejos de aquí, descansando el fin de semana. ¡No pienso comprometerme más!

—En cuyo caso, mis jefes podrían pensar que he tenido algún arreglo con la CIA, que me he enterado por medio de ella, y que si me han dejado marchar será por algo... ¡En buen lío me ha metido usted!

—Me parece —sonrió Hamilton— que los dos estamos en un buen lío. Y algo tendremos que hacer para salir de él.

Modesty frunció el ceño y permaneció pensativa casi un minuto. Por fin, murmuró:

—Lo ideal sería que yo me marchara de Miami y dijera que no hay rastro de Praskunin, que la CIA debe haberlo capturado. Quedaría como una agente..., gandul e ineficaz, pero no sería tan malo como provocar desconfianza.

—¿Y en cuanto a mí? —Gruñó Hamilton.

—Bueno, señor Travers, yo he resuelto mi problema. Resuelva usted el suyo. De todos modos, esa posibilidad de que el *Mistowen* se extienda tampoco me gusta nada...

—De modo que también es usted humanitaria, ¿eh?

—Un poco —sonrió Modesty—. Se me está ocurriendo una idea. Supongamos que yo desaparezco de Miami y que dentro de un par de días o unos pocos más, me las arreglo para salir de Estados

Unidos y les digo a mis jefes que no hay ni rastro de Praskunin, que he seguido su pista fuera de Miami y cosas así, y que finalmente he vuelto porque me parecía que me seguían, etcétera. Así, quedo bastante bien, ¿no le parece?

—Sí. Pero dígame dónde se va a meter estos días.

—Puedo estar con usted —rió Modesty—. Podemos buscar los dos esa fórmula.

—¿Cómo? Acaba de decirme que no conoce su sistema de correo.

—No, pero algún camarada mío debe saberlo, supongo. Y ese camarada no debe estar muy lejos de Miami, puesto que Praskunin se trasladó aquí tras conseguir la fórmula.

—¿Conoce usted a algún ruso que esté en Miami?

—Tal vez —sonrió Modesty.

—Pero si le pregunta por el sistema de correo se comprometerá usted mucho.

—Puede preguntarle usted. Lo único que no me gusta de mi idea es que usted perdiera el control y matara a mi camarada. Y por otro lado, si le caza para interrogarlo y no lo mata, finalmente él le describirá a usted, y sabrían de su intervención sorprendente. ¡Una buena idea sería que se tiñera usted el pelo y se comprara un bigote postizo! —rió al fin Modesty.

—Me parece que no se está tomando en serio este asunto.

—¿Por qué no? Si quiere puedo decirle el nombre de un colaborador que muy posiblemente sepa algo del curso que ha seguido la fórmula del *Mistowen*. Es un cubano.

—¡Maldición! ¡Entonces esa fórmula está ya en Cuba!

—No lo creo. Estamos utilizando otros conductos últimamente. Los cubanos quieren saber todo lo que sabemos nosotros, y nosotros no queremos que lo sepan.

—Es posible —se esperanzó Hamilton—. ¿Cuál es el nombre de ese cubano y dónde puedo encontrarlo?

—Se llama Alberto Cerezo y vive en el 26 de North East 13th Avenue, en Miami Shores. Precisamente es el hombre al que yo tendría que recurrir para escapar de Miami si las cosas se pusieran mal. Tiene una lancha que se dedica a alquilar a los turistas.

—Si me acerco a ese hombre pueden sospechar que usted...

—No, ya que mientras tanto yo estaré oficialmente hacia el

norte de Miami, y puesto que regresaré, no habré tenido contratiempos, ni necesidad de delatar a Cerezo.

—La idea es buena...

—Sólo tiene un defecto: quizá Cerezo no sepa nada del correo, a fin de cuentas. Recuerde que yo no le aseguro que lo sepa.

—Pero podemos intentarlo.

—Sí, podemos.

Se quedaron mirándose fijamente a los ojos. Hamilton vio perfectamente la desconfianza en los de Modesty Caron, y comprendió que la rusa, fuese como fuese, estaba haciendo su propio juego. ¿Por qué tenía que confiar en él, realmente? Pero era cierto que Modesty estaba bajo el punto de mira de la CIA, y la rusa seguía el juego que se le había impuesto. Toda una auténtica profesional, sin la menor duda. ¡Pero tan bonita...! Era como estar jugando con un ángel en el Paraíso. Sólo que aquellos juegos del paraíso podían terminar en muerte...

—Muy bien —sonrió de pronto Hamilton—, pues hagámoslo.

—De acuerdo. Pero si mata usted a alguien todo habrá terminado, señor Travers.

—No mataré a nadie. Pero dígame una cosa, Modesty: ¿qué es lo que *realmente* piensa usted de todo esto?

—Una cosa es segura: sea cual sea el juego de ustedes, estoy localizada. Si usted me ha dicho la verdad, podré escapar... siempre y cuando a mi vez le ayude. Si me ha mentido, no podré escapar de ninguna manera, y cuando finalmente ya no les sirviera para su juego me capturarían y de todos modos me obligarían a delatar al pobre Cerezo. ¿Qué pierdo siguiendo un juego en el que quizá mi suerte sea mejor que negándome a ayudarle?

—Razona usted muy bien —asintió Hamilton—. Bien, vamos a por ese Alberto Cerezo. Y no se preocupe por mi juego: para usted terminará como si fuese auténticamente del paraíso.

—Usted puede estar mintiéndome por todo lo alto, señor Travers.

—Sí. Pero también puedo estar diciéndole la verdad. En cuyo caso, tanto usted como yo seríamos dos ángeles —se echó a reír divertido de pronto—. ¡Dos ángeles que retiraban de circulación una droga mal llamada medicamento que puede ocasionar muchos problemas! Y en este caso... ¿no habrían sido todos unos amables

juegos del paraíso?

Modesty Caron bajó la mirada hacia sus manos, *que* descansaban en la mesa. Cuando alzó los párpados *para mirar* de nuevo los ojos de Hamilton Travers, éste sintió como *un* cosquilleo en la espalda.

—Si alguno de nosotros se equivoca, señor Travers —susurró Modesty—, este juego terminará en el infierno. No lo olvide. Y ahora, vamos a ver si encontramos a Alberto Cerezo.

* * *

Alberto Cerezo tenía una costumbre que no pensaba cambiar por nada del mundo: todas las noches, después de cenar, iba a la lancha, la limpiaba, la repasaba en todos los detalles, llenaba los depósitos de combustible, y luego, ya todo en orden para el día siguiente, se iba a tomar unos tragos de ron o cerveza con unos amigos, siempre al mismo bar. Hacia medianoche se retiraba a su casa, y se acostaba con la tranquilidad de saber que por la mañana todo estaba en orden y que para empezar la nueva jornada todo lo que tenía que hacer era afeitarse y acercarse al embarcadero. Con lo que ganaba con la lancha y las cantidades que iba recibiendo de manos de un agente ruso, esperaba poder retirarse dentro de cinco o seis años. Una vida modesta, pero tranquila. No ambicionada más, porque después de varios años de espionaje de baja categoría ya sabía que ambicionar más habría sido de tonto.

Y él no era tonto. No señor, no era tonto. Si hubiera sido tonto, los rusos no le habrían empleado tiempo atrás. Pero quizá era demasiado listo. Si, a veces Alberto Cerezo temía que era demasiado listo. Tenía unas grandes orejotas que oían demasiado bien, y un par de ojos negrísimos que lo veían todo. Y no es bueno ver tanto ni oír tanto, no, señor. Pero, en fin, como era listo, ya sabía él como ocultar que sabía más de lo que los mismos rusos creían. Un día un comentario, otro día un nombre, otro día un lugar...

Bueno, al demonio todos. Unos pocos años más y el asunto habría terminado para él. Les diría adiós a los rusos, compraría otra lancha para alquilarla igual que la vieja que estaba arreglando en aquel momento, y...

El hombre apareció de pronto en la puerta de la cabina, y Alberto Cerezo más que verlo lo presintió. Respingó, alzando

vivamente la cabeza, y lo primero que vio fue la pistola en la diestra del inesperado y silencioso visitante. Luego, mientras tragaba saliva, Cerezo miró el rostro del hombre. Un sujeto que llevaba lentes de cristales oscuros, bigote, de cabellos extraordinariamente negros.

—Tómeselo con calma —susurró el visitante—. ¿Lleva algún arma?

—No... No, señor, no.

Alberto tenía cincuenta y cuatro años, pese a lo cual todavía conservaba una cierta ingenuidad, la cual le hizo concebir la esperanza de que el desconocido fuese uno de sus amigos rusos. Pero la esperanza duró muy poco.

—Ponga las manos sobre la cabeza y no se mueva. Y por si cree que hay algún error, sepa que soy de la CIA. ¿Está claro?

El mundo se desplomó sobre Alberto Cerezo. Adiós a todos sus planes, sus proyectos de vida apacible en la edad madura y en la vejez. ¡Adiós a todo! Pálido, temblando ligeramente, obedeció la orden del desconocido, que se acercó por detrás y lo cacheó rápida y expertamente. Ningún arma.

—Siéntese en la litera.

Cerezo se sentó en una de las literas. El desconocido lo hizo ante él, en la otra.

—Le voy a hacer una proposición que le interesará, Cerezo: su vida a cambio de unos informes. Y todo ello sin perder el tiempo en tonterías, sin negar que trabaja para los rusos, sin hacerse el tonto en nada... Pórtese inteligentemente y podrá seguir viviendo. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor —musitó el cubano.

—Muy bien. Usted lleva tiempo trabajando para los rusos como enlace, y, ocasionalmente, ha pasado algún agente a Cuba, o a las Bahamas, incluso es posible que más lejos. Nada de eso me importa, pero quiero conocer el sistema del correo, y ante todo, que me diga cuándo salió el último hacia Cuba.

Alberto Cerezo vio el cielo abierto. Le estaban interrogando sobre cosas que él no tenía por qué conocer, ya que era un colaborador insignificante.

—Se ha equivocado usted de hombre, señor —dijo mansamente—. Yo no soy nadie, no valgo nada, sólo hago pequeñas cosas... ¡Se

lo juro!

—Eso lo creo. Pero inevitablemente usted tiene un contacto ruso que es quien le pasa las instrucciones. Quiero saber quién es ese ruso y dónde está. Y sobre todo, quiero saber si forma parte del correo.

—Eso no lo sé, señor.

—Pero sabe su nombre, ¿no?

—Si se lo digo me matarán.

—No tienen por qué saber que me lo ha dicho usted. Y por supuesto, si no me lo dice le mataré yo. Riesgo por riesgo, yo en su lugar diría ese nombre, Cerezo. Si los rusos se enteran, lo matarán dentro de unos días. Si no se enteran, y yo haré lo posible para que no sepan de dónde proviene mi información, todavía podrá vivir muchos años. Pero si no me lo dice, le mato... ahora.

La exposición hecha por el desconocido era inobjetable. Cerezo suspiró y dijo:

—El ruso que me da instrucciones reside en Nassau, y se hace llamar Albert Fogg y pasa por súbdito británico. No sé su nombre ruso.

—Eso importa bien poco. ¿Dónde se le puede encontrar en Nassau?

—No lo sé.

El desconocido alzó la pistola y apuntó a la cabeza de Alberto Cerezo. Éste palideció y se maldijo interiormente por tener las orejas tan largas, por su facultad de oír y ver tantas cosas. Mas de pronto comprendió que precisamente eso iba a salvar su vida, porque si realmente no hubiera sabido nada, y así lo hubiera dicho, su visitante no le habría creído.

—Tiene un *bungalow* en Western Road. No sé el número pero sé que está casi delante mismo de *Sea Gardens* y que delante de la puerta hay un grupo de tres palmeras muy juntas. Bueno, quiero decir cocoteros.

Hamilton Travers se quedó mirando fijamente a Cerezo durante unos segundos. Por fin, asintió con un gesto y señaló hacia fuera de la cabina-vivienda de la lancha.

—Póngase a los mandos y alejémonos de aquí. Le estaré apuntando desde la puerta, y si hace o dice algo que no me guste, ya sabe que lo mataré. Si alguien le pregunta adonde va a estas

horas invente cualquier pretexto, pero no se detenga, ni admita a nadie a bordo. ¿Entendido?

—Sí. Pero... ¿adónde vamos?

—De momento, hacia el Sur. Luego ya le diré. En marcha.

CAPÍTULO III

La lancha se detuvo en uno de los embarcaderos de las *Venetian Islands*, donde se veían yates y otras lanchas de mucha más categoría, privados. Era poco probable que allí conociera nadie a Alberto Cerezo y su lancha. Y, por otra parte, la de Alberto Cerezo no podía amarrar allí.

Pero esto estaba previsto. Apenas la lancha estuvo a su alcance, Modesty Caron saltó a bordo, e inmediatamente Hamilton puso la reversa y maniobró para seguir hacia el Sur. Junto a él, Modesty se quedó mirándolo fijamente.

—¿Y Cerezo? —murmuró.

—Está dentro, atado de pies y manos y con los ojos vendados, de modo que puedes entrar sin miedo a que te reconozca..., si es que te conocía de antes. ¿Te trajo él desde Nassau?

—No. Pero de todos modos es mejor que no me vea. Iré a echarle un vistazo... ¿Te ha dicho algo concreto?

—Sí. Vamos a Nassau.

—¡Eso puede ser peligroso para mí!

—Depende —la miro con irónica amabilidad Hamilton—. Yo me he teñido el pelo y me he puesto un bigote, ¿no es cierto? Pues tú puedes hacer lo mismo en cuanto lleguemos a Nassau.

—No sé si encontraré un bigote a mi medida.

Hamilton la miró ceñudamente, pero tuvo que sonreír.

—Me las arreglaré para llegar al amanecer. Antes de hacer nada tendrás que procurarte tinte y cualquier cosa que pueda disimular tu rostro. Espero que sepas hacer esas cosas.

—Lo intentaré —rió Modesty Caron.

Entró en la cabina-vivienda, donde, en efecto, atado de pies y manos y con los ojos vendados, Alberto Cerezo yacía en una de las

literas. Modesty se aseguró de que las ligaduras estaban lo adecuadamente firmes, dando unos tirones...

—No —suplicó Cerezo—. ¡No, por favor, no!

—¿Qué le ocurre? —preguntó Modesty, en español.

—No me tiren al mar, no me tiren... ¡Les he dicho la verdad, no me tiren al mar!

—Tranquilícese. No va a ocurrirle nada malo, Cerezo..., a menos que usted busque complicaciones.

—¿Quién... quién es usted?

—Natacha Malenkovna.

El estupor se plasmó en la parte visible del rostro de Cerezo. Luego emitió un gemido de desesperación, y eso fue todo, porque el miedo lo dejó agarrotado. ¡Una rusa! No entendía aquello... ¡Una rusa y un americano! Lo resumió todo acordándose de Dios y rogándole que se apiadase de él, un *Don Nadie* en el espionaje.

* * *

Poco después del amanecer avistaron la isla de Nueva Providencia, por su extremo Oeste, justamente donde, cerca de la costa, discurría Western Road. Pasaron muy cerca de la maraña vegetal llamada *Sea Gardens*, y al poco divisaron lo que, según las cartas de navegación encontradas en la lancha de Cerezo, era Creek Point.

—¿Conoces la isla? —preguntó Hamilton.

—Un poco. Lo suficiente para saber que justamente ahora pasamos frente a Western Road. Podríamos desembarcar en cualquier punto de la playa.

—No. Ahora, no. Antes tenemos que llegar a Nassau, para que te tiñas el pelo.

—¿Realmente te preocupas por mí?

—Si Albert Fogg te ve, luego podrá describirte. Aunque él no te conozca todavía, otros camaradas tuyos sí podrían pensar en ti cuando él te describiese. Pero si prefieres que vayamos a ver a Fogg tal como estás, por mí no hay inconveniente.

—Creo que será mejor que nos lleguemos a Nassau. No me teñiré el pelo, pero compraré una peluca y unos lentes de sol. Sera suficiente.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que Fogg no tiene por qué verte, salvo imprevistos. Tú te quedarás en la lancha mientras yo iré a hacerle una temprana visita.

—Hamilton, recuerda: si matas a uno de mis camaradas nuestro convenio habrá terminado.

—Sería una lástima —gruñó Hamilton—: eres tan bonita que me estoy enamorando de ti.

—Yo estoy hablando en serio —advirtió Modesty.

—Yo también —rió Hamilton Travers.

Eran casi las nueve y media de la mañana cuando, regresando de Nassau hacia el Oeste, divisaron de nuevo Creek Point, y más allá los *Sea Gardens*. Hamilton dirigió la lancha hacia la playa, buscó un lugar adecuado junto a unas rocas, y dejó caer el anclote.

—Espero encontrar pronto ese *bungalow* con tres cocoteros juntos delante de la puerta. No pierdas de vista a Cerezo.

—Es un pobre hombre.

—No lo pierdas de vista —gruñó el americano.

Se podía saltar cómodamente a tierra desde la borda, y Hamilton lo hizo. Desde allí a Western Road había casi media milla, que recorrió rápidamente, bajo un sol deslumbrante. Una vez en Western Road se encaminó hacia el extremo Oeste de la isla. Cruzó la pequeña localidad de Rutherfords, escasamente animada.

Y ya la había dejado atrás y comenzaba a pensar que Cerezo había querido tomarle el pelo o ganar tiempo como fuese cuando divisó el *bungalow*, a su derecha. Muy cerca de la puerta había tres cocoteros muy juntos.

El espía americano se detuvo y se quedó mirando la baja construcción de paredes color ocre. A un lado había un automóvil estacionado de modo que quedaría parcialmente a la sombra cuando el sol estuviese más alto.

«Es decir —pensó Hamilton—, que Fogg está en casa».

Llegó ante la puerta y llamó, tranquilamente. Unos segundos más tarde volvió a llamar. Y de nuevo llamó cuando había pasado casi un minuto desde la primera vez. Fruncido el ceño, fue al lado de la casa donde estaba el automóvil, cuyas portezuelas probó. Todas estaban cerradas.

Rodeó la casa. Detrás había otra puerta, que probó, como había hecho con la principal. También estaba cerrada. Terminó de rodear

la casa probando las ventanas, igualmente cerradas. El silencio era total. Algunos automóviles habían pasado por Western Road, pero apenas los había oído.

—Pues si está aquí el coche debería estar él —masculló Hamilton.

Desistió de llamar de nuevo a la puerta, pasó al lado del *bungalow*, se protegió el puño derecho con el pañuelo, y sin más descargó un golpe contra el cristal inferior de la ventana, reventándolo hacia el interior. Se guardó el pañuelo, metió la mano dentro, encontró el cierre, y abrió la ventana. Tres segundos más tarde estaba dentro del *bungalow*, en un dormitorio vacío.

Salió de éste y enfrente vio el otro. La puerta estaba abierta y vio la cama intacta. O sea, que Albert Fogg no había dormido en casa. A su izquierda el, pasillo conducía a la cocina y al cuarto de baño. A su derecha, al salón que daba a la parte frontal de la casa.

Hamilton Travers fue al salón.

Y allá encontró a Albert Fogg.

Estaba casi en el centro del salón, tendido en el suelo, de cara al techo. Comenzaba a oler un poco mal. Hamilton se acercó a una de las ventanas y abrió las persianas lo justo para ver bien allí dentro. Luego fue a acucillarse junto al cadáver del hombre rubio y atlético.

Pudo ver bien su cara, crispada en una mueca de dolor... y de sorpresa, de incredulidad tal vez. Tenía tres balazos en el pecho. Separó un poco su chaqueta y vio la pistola en la funda axilar. Habían matado a Fogg sin darle tiempo ni siquiera a sacar su pistola. Si es que el muerto era Fogg, claro.

Encontró la billetera, que retiró cuidadosamente del bolsillo interior. Dentro había dinero, un permiso temporal de conducir a nombre de Albert Fogg y nada más. Lógico. Y suficiente.

Hamilton se irguió, y miró alrededor. La idea de registrar el *bungalow* pasó por su mente, cierto, pero la desechó en seguida. Si habían matado a Fogg hacía no menos de dieciocho o veinte horas habían tenido tiempo más que suficiente para registrar la cabaña y llevarse todo cuanto de interesante hubiera en ella.

«Espero que Melody me crea cuando le diga que lo he encontrado muerto».

La pregunta era: ¿quién había matado a Albert Fogg, espía ruso?

Y la respuesta parecía por demás obvia: la CIA. ¿Había encontrado la CIA una pista para recuperar el *Mistowen*, y se habían enfrentado ya a Fogg..., y seguían adelante en busca de la fórmula? Le pareció imposible. Y otra cosa: ¿todavía no se habían enterado los demás rusos residentes en Nassau de que su camarada había sido eliminado?

Desconcertado y preocupado, Hamilton Travers estuvo mirando por las ventanas del *bungalow* antes de abandonar éste. Cuando lo hizo estaba más tranquilo, pues no había visto a nadie que pudiera preocuparle. Decidió no llegarse hasta Rutherfords, sino dirigirse directamente a campo traviesa al lugar donde había quedado la lancha.

Y entonces, cuando estaba caminando campo traviesa en dirección a la playa, vio aparecer a los dos hombres, uno a cada lado de él, a unos sesenta o setenta metros. Los dos hombres se detuvieron y Hamilton hizo lo mismo. Oyó el rumor tras él y volvió lentamente la cabeza. Llegaba un automóvil polvoriento, que se detuvo a unos cien metros, rodeado de polvo. Cuando el polvo se posó, la ventanilla del conductor fue bajada, y el cañón de un rifle con mira telescópica apareció en el hueco, reflejando los rayos del sol.

Naturalmente, el rifle le apuntaba a él.

Si los recién aparecidos era de la CIA, Milton Hamilton se iba a ver en un verdadero apuro para explicar su presencia allí. Si eran rusos, las cosas no irían mucho mejor, al menos de momento, hasta que él pudiese convencerlos de lo que pretendía.

Nadie se movía, y finalmente Hamilton tuvo que comprender lo que aquella gente estaba esperando. Él podía tomar dos decisiones. Una, plantarles cara. Dos, entregar su arma.

Sacó la pistola ostensiblemente y la dejó caer al suelo. Entonces, los dos hombres de a pie se le acercaron más, y uno de ellos movió la mano en claro gesto.

—Venga aquí —ordenó.

Hamilton obedeció y fue acercándose al hombre que había hablado, mientras el otro se acercaba a recoger su pistola. El hombre que esperaba a Hamilton le hizo una seña cuando el americano estuvo a unos seis o siete metros de él, y Hamilton se detuvo. Se quedó mirando al hombre. Alto, de cabellos rojo oscuro,

ojos negros, nariz aguileña, boca grande, delgada y dura. No era individuo con el que se pudiera jugar, lo supo en seguida.

El otro, que se le acercó por detrás y lo cacheó, era más corriente, de mediana estatura y rostro vulgar.

—No lleva nada más —dijo en inglés.

El de la nariz aguileña hizo una señal con el brazo hacia el coche. Hamilton volvió la cabeza y vio desaparecer el cañón del rifle. El automóvil se acercó, se detuvo de nuevo y de él de apeó una mujer. Hamilton torció el gesto.

La mujer se plantó ante él. Era alta, casi gruesa, sólida, lo que se llama una jamona. Era rubia tirando a castaña y tenía los ojos claros, grandes. La boca era alargada, llena, bonita. Habría sido seguramente bella si no hubiera tenido en el rostro las picaduras de viruela.

—¿Es usted americano? —preguntó ella.

—Sí.

—¿De la CIA?

—Claro —gruñó Hamilton—. ¿Y ustedes?

—Nosotros, no —sonrió secamente la mujerona.

—Entiendo. Bueno, ante todo sepan que yo no he matado a Fogg, ¿está claro?

—Le aseguro que nosotros tampoco —dijo la mujer.

—Ya, ya. Son rusos, claro, y estaban esperando que todo estuviese preparado para retirar el cadáver. Mientras tanto, como es natural, vigilaban el *bungalow*. Lo han hecho muy bien.

—Usted lo ha hecho mejor —dijo la mujer—. ¿Cómo encontró a Fogg? ¿Quién le dijo dónde vivía?

—Escuchen un momento. Antes de que la conversación siga adelante tengo que decirles algo respecto a mí: hace tiempo que estoy trabajando para la MVD, para ustedes. Pueden consultarlo... Mientras tanto, no se pongan nerviosos. ¿Quién de ustedes dos es el jefe? —preguntó, mirando de uno a otro hombre.

—El jefe soy yo —dijo fríamente la mujer.

—Oh. Bueno, me parece bien. Me gustaría explicarle a usted cuál es mi situación, a fin de...

—¿Quién le dijo dónde vivía Fogg?

—Bueno, un dato de aquí, otro de allá...

No dijo más. La mujer jamona lo miraba fijamente, entornando

los párpados. Lo rodeó, pasó a su espalda y, cuando menos lo esperaba, Hamilton recibió en los riñones un tremendo golpe doble que lo hizo salir disparado hacia delante, curvado el cuerpo hacia atrás. Cayó de rodillas, apoyó las manos en el suelo, y se quedó mirando éste con expresión desorbitada.

Los pies de la mujer aparecieron a su izquierda, sólidamente calzados. Hamilton vio moverse uno de los pies y se apresuró a protegerse el rostro. Pero el golpe no iba dirigido allí, sino a su cuerpo. El pie pasó rozando el costado y le golpeó en un lado del estómago, revoleándolo por el suelo, sin aliento. Quedó encogido, como formando una bola. No podía respirar.

La mujer se acercó y le agarró por los cabellos rudamente.

—¿Quiere que le reviente los testículos a patadas? —preguntó secamente.

CAPÍTULO IV

Desde la lancha, Modesty vio aparecer a la mujer caminando decididamente hacia allí. No podía ir a otro lugar, y la idea de que estuviese por allí casualmente ni siquiera pasó por la mente de Modesty.

Mirando más atrás de la mujer vio a los pocos segundos el coche, que se detuvo. Entonces, simplemente, Modesty esperó.

La mujer llegó a las rocas y saltó a bordo de la lancha. Modesty no hizo nada, no dijo nada. Miraba a la mujerona, y eso era todo.

—Ayer por la tarde mataron a Fogg —dijo de buenas a primeras la visitante—. Estábamos esperando el momento de trasladarlo cuando ha llegado el americano. Lo tenemos en el coche.

Había hablado en ruso. Modesty asintió con un gesto, añadiendo de viva voz, y por supuesto también en ruso:

—¿Os ha explicado el asunto el americano?

—Sí.

—Bueno —encogió los hombros Modesty—, he hecho lo que me ha parecido mejor, dadas las circunstancias.

—Ya veremos. Yo informaré, y en lo que a mí respecta habrás dejado de interesarme. ¿Cerezo está dentro?

—Claro. ¿Quién eres tú?

—Natalia. ¿Y tú?

—Natacha —sonrió Modesty.

Natalia frunció el ceño y señaló hacia el interior de la lancha tras hacer un gesto con el brazo a los del coche. Las dos mujeres entraron en la cabina, donde, cada vez más preocupado por su suerte, tenso, Alberto Cerezo continuaba en su condición de prisionero.

—Desátalo —dijo Natalia.

Natacha obedeció, tras retirar el vendaje de los ojos de Cerezo, que tras varios parpadeos miró a Natalia, luego a Natacha, y finalmente suspiró:

—Dios mío...

—No se preocupe tanto, hombre —le dijo amablemente Natacha—; está entre amigos.

Cerezo le miró hoscamente. ¿Entre amigos? Había reconocido la voz, naturalmente, y sabía que aquélla era la rusa llamada Natacha Malenkovna que era amiga de un americano... Volvió vivamente la cabeza hacia la puerta cuando oyó los golpes en la cubierta. A los pocos segundos entró el americano que ya conocía; estaba un poco pálido, y no parecía feliz, ni mucho menos. Detrás de él entraron dos hombres, uno alto, con una cara que no contribuyó a tranquilizar al cubano Cerezo.

Natacha Malenkovna miró a Hamilton y dijo:

—No es usted muy valiente, señor Travers... Oh, bueno, quiero decir querido Hamilton.

—¿Qué querías que hiciese? —Gruño Hamilton—. Me hubieran matado, y tú y Cerezo os habríais encontrado igualmente en serias dificultades. A fin de cuentas son tus camaradas, ¿no? Informa que Praskunin ha muerto, diles lo que tú y yo pretendíamos, y ya está. Te amonestarán un poco en Moscú, pero nada más.

—Sí. Parece que quien está en serias dificultades ahora eres tú.

—Sólo hasta que comprueben que he estado trabajando para vosotros desde hace bastante tiempo.

—Atadle las manos a la espalda con esas cuerdas —dijo Natalia, señalando las que habían sujetado hasta entonces a Cerezo.

—Concededme ese placer —sonrió Modesty.

Hamilton la miró torvamente, pero continuó aceptando la situación..., por la sencilla razón de que no podía hacer otra cosa, de momento, y él no se había engañado al respecto. Cuando se juega fuerte hay que aceptar perder alguna baza. Lo único que no debe perderse es la serenidad.

—Ya está —dijo Modesty—. Siéntate, querido: estarás más cómodo. ¿Sigues enamorándote de mí?

Hamilton no estaba para bromas, así que soltó un gruñido y se sentó, sin más. Natalia se acercó a él y examinó las ligaduras que sujetaban sus muñecas. Aprobó con un gesto y se volvió hacia

Modesty Caron.

—Muy bien —dijo fríamente—, ahora vamos contigo. ¿Quién demonios eres?

—En esta misión soy Modesty Caron, británica, pero mi nombre es Natacha Malenkovna... Ya te lo he dicho, ¿no?

Natalia entornó los párpados. De pronto, su mano derecha se movió, velozmente, fuertemente, estampando una tremenda bofetada en una mejilla de Modesty, derribándola en la litera junto al sobresaltado Hamilton, y haciendo lanzar una exclamación a Cerezo, que cada vez entendía menos lo que estaba sucediendo.

Modesty se sentó vivamente en el lecho, mirando furiosamente a Natalia, pero ésta no le dio tiempo a decir nada.

—Esto ha sido para empezar, amiguita —masculló—. Si tú fueses Natacha Malenkovna, y hubieras sido enviada a Miami pasando por Nassau, yo *lo sabría*. Y nadie me comunico tu paso por Nassau... ¿Seguimos por las malas o eres tan prudente como tu amigo americano? Mejor dicho, tu compañero de la CIA, ¿no es así?

—Pe... pero ella... ¡ella es rusa! —exclamó Cerezo—. ¡Ella me dijo...!

—Tú cállate, cobarde traidor —lo miró aviesamente Natalia—. Luego nos ocuparemos de ti.

Alberto Cerezo palideció y quedó mudo. Su espanto no podía ser mayor. Natalia miró de nuevo a Modesty, que alzó una mano como pidiendo tregua.

—Mi verdadero nombre es Modesty Caron —murmuró—, y soy agente del MI5 británico.

Incluso Hamilton la miró estupefacto. Natalia sólo parpadeó, antes de preguntar:

—¿Y qué pinta el MI5 en todo esto?

—Supimos que Revaz Praskunin estaba en Miami, y como quiera que era uno de vuestros más importantes agentes, se me designó para vigilarlo. Pero lo perdí de vista. Seguía buscándolo cuando entró en el juego Travers —movió la cabeza hacia Hamilton— que me confundió con una agente rusa..., y le seguí el juego. Cuando me dijo lo que pretendía...

—Ya sabemos lo que pretendía Travers —cortó Natalia—, él nos lo ha explicado, así como ese cuento de que trabaja para nosotros. Bueno, de modo que del MI5, ¿eh? Y claro, en cuanto viste la

oportunidad le seguiste el juego a Travers a ver si sacabas algo de provecho, ya que habías perdido a Praskunin.

—Sí. Pensé que si ayudaba, a Travers quizá consiguiéramos recuperar la fórmula del *Mistowen*..., y yo podría quedármela o conseguir una copia.

—La puta que te parió... —jadeó Hamilton.

Natalia Dedenko lo miró, y, por primera vez, sonrió. Sí. Habría sido muy bella si no hubiera tenido aquellas marcas de la viruela.

—Parece que todos estemos jugando un juego muy divertido, Travers.

—Sí, juegos del paraíso —gruñó Hamilton.

—Bonita definición. Pero vamos a ponernos serios, ¿de acuerdo? Nosotros, la MVD, hemos perdido dos nombres. Uno, Revaz *Praskunin*, que ha muerto en la Central de la CIA víctima de la brutalidad americana. Dos, Albert Fogg, que era el correo entre el continente americano y Nassau. Lo de Praskunin ya sabemos cómo sucedió, así que vamos a dejarlo así. Hablemos de Albert Fogg, que fue asesinado anoche... y despojado de todo el material que traía desde Estados Unidos en este viaje...

Hamilton miró sobresaltado a Natalia.

—¿Quiere decir que a Fogg le han quitado *todo* lo que traía de Estados Unidos... incluida la fórmula del *Mistowen*?

—En efecto.

—¡Eso puede ser una catástrofe! —Casi gritó Hamilton—. ¡Tenemos que encontrar a quien tiene esa fórmula y quitársela y destruirla!

—La idea me parece buena —dijo Natalia, sarcástica—. Pero para recuperar esa fórmula tendremos que saber antes quién se la quitó a Fogg, ¿no le parece? Y yo me inclino a creer que han sido ustedes, los de la CIA.

—No —negó Hamilton—. No, no. Si la CIA hubiera encontrado a Fogg yo no estaría aquí ahora, porque los habrían cazado también a ustedes tres cuando fueron al *bungalow* de Fogg y lo encontraron muerto. Y también la CIA me habría cazado a mí esta mañana, en lugar de ustedes. No..., la CIA no ha sido.

—Lo que usted dice es sensato —musitó Natalia—. Bien, no han sido los americanos. Nosotros, lógicamente, tampoco. Así que... nos queda el MI5... ¿Qué dice usted a esto, Caron?

—No —negó Modesty—. Nosotros no hemos sido. Yo habría sido avisada inmediatamente, y en lugar de acudir a la cita con Travers, simplemente habría venido a Nassau. ¿Para qué correr riesgos con Travers ni con nadie, si ya teníamos el correo de ustedes y no había modo de encontrar a Praskunin?

—También eso es sensato —asintió Natalia, como de mala gana—. Pero el hecho cierto es que han matado a Fogg y nos han robado el correo, incluida esa fórmula del *Mistowen*. No han sido los de la CIA, no han sido los del MI5, no hemos sido nosotros, claro está... Entonces, ¿quién ha sido?

Nadie dijo nada, y durante unos segundos pareció que el desconcierto fuese la tónica imperante en la reunión de espías. La primera en comenzar a reaccionar fue Modesty Caron, que dirigió la mirada, lentamente, hacia Alberto Cerezo. Hamilton hizo lo mismo casi en seguida, y por último lo hizo Natalia. Los ojos del cubano se movían de uno a otro espía velozmente, casi fuera de las órbitas. Al parecer, su espanto sí podía ser mayor.

—Cerezo, tú le dijiste al americano *cómo* y *dónde* encontrar a Fogg —deslizó lentamente Natalia—. ¿A quién más se lo dijiste, antes que a Travers?

—No... Yo... No, no... ¡A nadie, a nadie, lo juro!

—¿Ni siquiera a tus compatriotas cubanos que quieren saberlo todo?

—No... ¡No! ¡A nadie! ¡Lo juro por Dios!

—¿Cómo sabías quién era en Nassau nuestro correo y dónde vivía? Conforme que supieras su nombre, cierto, ya que era tu contacto. Pero... ¿cómo sabías dónde encontrarlo?

—Bueno, yo... yo... yo... le oí una vez hablar con... con alguien por teléfono...

—¿Le oíste hablar... con quién?

—¡No sé quién era! ¡Lo jur...!

—¡Déjate de idioteces y juramentos! —estalló Natalia; pareció calmarse tan súbitamente como se había encolerizado—. Vamos a ver: ¿dónde y cuándo oíste esa conversación?

—En Miami. El señor Fogg se reunió conmigo en un apartamento que utilizábamos de cuando en cuando, me dio las instrucciones del período y nos despedimos. Yo... yo dije que iba al cuarto de baño. Cuando estaba allí dentro le oí llamar por teléfono

a Nassau, a... a... un lugar llamado *Redsky*, y preguntó por una mujer...

—¿Qué mujer?

—Creo... que se llamaba Daisy. No oía muy bien todo lo que hablaba, pero me pareció que se citaban, y... y entre otras cosas confusas que no entendí, oí las indicaciones para encontrar su *bungalow* en Western Road... ¡Les juro que es cierto! ¡Pero nunca se lo he dicho a nadie, nunca, a nadie!

—Excepto a Travers —susurró Natalia.

—Sí..., excepto a él, sí.

—¿Qué más oíste? ¿Te pareció que hablaban de dinero, de sexo, de negocios extraños...?

—Bueno, yo... Me pareció que... que era cosa... de sexo. El señor Fogg decía que llegaría esa misma noche en avión a Nassau, un poco tarde, pero que no importaba la hora... ¡Y no sé nada más, no oí nada más!

—Vaya orejitas tiene usted, Cerezo —sonrió Modesty.

El ruso alto del cabello rojo se acercó a Natalia y le susurró algo al oído. Ella le miró vivamente y luego asintió, al parecer complacida. De pronto se acercó a Modesty, y con un rápido gesto le quitó la película que antes había comprado aquélla en Nassau, dejando al descubierto sus rubios cabellos. Modesty se limitó a sonreír de nuevo. Natalia miró a Hamilton y ladeó la cabeza. Estuvo contemplándolo unos segundos antes de acercarse y examinar muy de cerca los teñidos cabellos del espía americano. Acto seguido le arrancó el bigote postizo de un tirón que hizo respingar a Hamilton.

—Verdaderamente —dijo Natalia—, todo esto parece un juego muy divertido. ¿Cómo ha dicho usted, Travers...? Ah, sí, juegos del paraíso. Bueno, espero que los tres vayan a parar allí.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Hamilton.

La espía rusa se volvió hacia su compañero más bajo.

—Ossip, ve a buscar una

W-12

al coche. Y tú, Cerezo, ata las manos de la británica con el cinturón de Travers..., a menos que nuestra colega prefiera morir de un balazo ahora mismo.

—¿De qué otro modo se puede morir? —preguntó Modesty.

—De muchos modos, pero no ahora. ¿Qué prefiere?

—Mientras hay vida hay esperanza —sonrió Modesty—. Pero no entiendo por qué quiere matarnos.

—¿No lo entiende? Usted sabe demasiado y conoce a demasiada gente de nuestro servicio, en estos momentos. En cuanto a Travers, que sabe tanto o más que usted, puede que sea cierto que haya estado trabajando para nosotros, pero está claro que de aquí en adelante ya no nos servirá de nada, así que..., ¿por qué correr riesgos dejándolo vivo? Les enviaremos a dar un paseo con lancha con una

W-12

pegada a la quilla, eso es todo.

—¿Una bomba?

—Muy pequeñita —aclaró Natalia—. Lo justo para hacer un agujero en el casco de la lancha y que ésta se vaya al fondo del mar sin haber llamado la atención. Pero si lo prefiere, puedo meterle una bala en la cabeza ahora mismo.

—No, gracias. Prefiero el viaje en lancha.

Cerezo esperaba con el cinturón de Hamilton en las manos. Modesty se volvió de espaldas a él tras mirar con expresión afable al ruso de los cabellos rojos y a Natalia... Cuando regresó el llamado Ossip con la W12, Modesty Caron ya estaba atada y sentada en la litera junto a Hamilton. Ambos, y Cerezo, miraron la W12. Es decir, el paquete de cigarrillos americanos que la contenía. No necesitaban explicaciones, desde luego. Dentro del paquete había una carga explosiva conectada a un pequeño mecanismo de tiempo que la haría explotar en el momento en que Natalia decidiera. Ésta manipuló los pequeños mecanismos, devolvió la

W-12

a Ossip, y dijo:

—Colócala en el casco, naturalmente más abajo de la línea de flotación. Apolo —miró al de rojos cabellos—, ata tú ahora a Cerezo.

Ossip salió, y Apolo se acercó a Cerezo, que estaba lívido y paralizado, ahora sí, por el más grandioso espanto.

—No —tartamudeó—. Yo no... ¡No! ¡No, por favor, por Dios...! ¡No!

—No se ponga histérico —murmuró Modesty—. También usted sabe demasiado, y ha demostrado ser muy... manejable por

personas ajenas al servicio secreto ruso, Alberto. Y sobre todo, tiene las orejas demasiado largas.

—Pe-pero yo... yo les he servido —jadeó el cubano—. ¡Llevo años sirviéndoles, siempre he sido fiel, siemp...!

Apolo Gravilovitch lo hizo enmudecer propinándole un puñetazo corto y seco, terrible, en el estómago. Cerezo habría rodado por el suelo si Apolo no lo hubiera empujado, desviándolo hacia la otra litera, en la que cayó encogido. Con su propio cinturón, Apolo ató las manos del cubano a la espalda, dominándolo fácilmente. Ossip entró, mojados los pantalones y las mangas de la chaqueta.

—Eso ya está —dijo.

Natalia Dedenko asintió y miró a los tres condenados a muerte.

—Son cosas del juego —dijo fríamente—. No es que me guste hacerlo, pero no tengo más remedio. Perdonen si les mato.

Salió de la cabina, seguida por Ossip y Apolo. Los tres condenados a muerte permanecieron inmóviles... Afuera, la lancha fue puesta en marcha, y orientada mar adentro. Ahora, todos lo sabían, el volante sería trabado, y la lancha zarparía... hasta que la W-12

cumpliese su tiempo. Que no podía ser mucho, pues Natalia Dedenko tenía que haber comprendido que los tres intentarían desatarse unos a otros.

La lancha zarpó. Y, en efecto, inmediatamente Hamilton comenzó a forcejear con sus ligaduras, mientras Cerezo lloraba silenciosamente, tendido boca abajo en la litera.

—Modesty —jadeó Hamilton—, pongámonos de espaldas uno a otro, tenemos que intentar soltarnos... ¡Y pronto!

—Tienes razón —sonrió Modesty.

Se pusieron en pie y se colocaron espalda con espalda. Hamilton notó los dedos de Modesty tanteando en sus ligaduras, y dijo:

—No, no. Mis dedos son más fuertes. Deja que sea yo el que te suelte a ti, o perderemos...

Se calló de pronto, atónito. Estuvo un par de segundos inmóvil. Luego, lentamente, separó sus manos, las colocó ante el rostro y las miró. De pronto se volvió velozmente hacia Modesty.

—¿Cómo has podido hacerlo? —exclamó.

—Nuestra colega rusa no debió pedirme a mí que te atase —rió Modesty.

—Pero ella... examinó las ligaduras...

—Sí. Sin embargo, es evidente que no tiene ni idea de lo que son los nudos marineros. Desata a Cerezo, o se va a morir de un síncope.

—¡Qué demonios de Cerezo...! —bramó Hamilton.

Se apresuró a soltar a Modesty en primer lugar, mientras el cubano ya no sabía si continuar llorando o echarse a reír. Cuando Hamilton lo soltó, se sentó en la litera velozmente.

—¡Tenemos que detener la lancha y volver a...!

—No —rechazó Modesty—. Lo siento por su lancha, Cerezo, pero se va a ir al fondo. Sin nosotros, claro está.

—No comprendo.

—Es preferible que los rusos nos den por muertos, de modo que navegaremos un par de millas hacia el Norte, pues no creo que la explosión esté preparada para antes, y entonces saltaremos de la lancha y dejaremos que ésta se vaya al fondo.

—Pero... ¡mi lancha!

—La gente nunca está contenta —suspiró Modesty—. ¿Acaso no conserva usted la vida, hombre de Dios?

—¿Y cómo volveremos a la costa? —preguntó Hamilton—. Porque nadar un par de millas no es tan fácil como parece creer. Eso, dejando aparte los tiburones.

—Oh, ya verás cómo alguien nos recoge antes de que nos devoren los tiburones. ¡Hay muchos yates con gente de vacaciones navegando por estas aguas!

CAPÍTULO V

Cuando hacía apenas cinco minutos que habían saltado de la lancha y habían perdido ésta de vista, apareció la otra lancha, mucho más veloz que la de Cerezo, que ya debía estar en el fondo del mar.

En la lancha salvadora viajaban tres hombres jóvenes y atléticos, dos de ellos rubios, y uno con aspecto de italiano, muy sonriente. Subieron a bordo a los tres náufragos y se interesaron grandemente por su estado, sobre todo por el de Modesty Caron, mientras Alberto Cerezo no cesaba de agradecer al buen Dios que hubiera atendido sus súplicas. Por fin, Hamilton no pudo contenerse más. Miró hoscamente al atribulado cubano y masculló:

—¿Se quiere callar, idiota? ¿Aún no ha comprendido que Dios no ha tenido nada que ver con esto, al menos directamente?

—¿Qué quiere usted decir? —Abrió mucho los ojos Cerezo.

—Que estos tres hombres son del MI5, cretino —bufó el espía americano.

La boca de Alberto Cerezo quedó abierta por el pasmo. Modesty se echó a reír, y señaló hacia el interior de la lancha.

—Será mejor que vayamos a quitarnos la ropa. Luego tomaremos un aperitivo y almorzaremos aquí, mientras se secan nuestras ropas. ¿Le gusta el programa, Alberto?

—¡No entiendo nada!

—El señor Travers se lo explicará mientras se cambian de ropa. Me parece que hasta que las nuestras estén secas tendremos que conformarnos con unas toallas. Algo así como *sarongs* polinesios... ¿No es encantador?

La encantadora resultó ser Modesty Caron cuando apareció de uno de los dos pequeños camarotes de la lancha envuelta en una toalla de colores. Hamilton soltó un gruñido al verla, y Cerezo

quedó pasmado una vez más. Envuelta en la toalla, con el cabello suelto para facilitar su secado, Modesty Caron era... Sí, como una aparición angelical. Formaba una pareja espléndida con el atlético Hamilton Travers, pero ciertamente no encajaba con Cerezo, de mediana estatura y un tanto esmirriado.

—¿Es verdad todo lo que me ha contado el señor Travers? —pudo preguntar por fin Cerezo.

—¿Qué le ha contado? —sonrió Modesty.

—Pues que usted no debía confiar demasiado en él, así que se las arregló para colocar en mi lancha un micrófono, o varios, ya en Miami, y que desde que llegamos a Nueva Providencia sus compañeros del MI5 han estado oyendo todo lo que se hablaba en mi lancha.

—Es cierto —admitió Modesty.

—Entonces... ¿ahora estoy en manos del MI5? —gimoteó Cerezo.

—¿Preferiría estar en el fondo del mar?

—¿Qué sigue ahora? —Gruñó Hamilton—. Porque tal como has estado llevando las cosas, se diría que tú tienes la batuta de esta orquesta de espías.

—Bueno, Hamilton —lo miró fijamente Modesty—, ¿qué crees tú que puedo hacer ahora?

—Seguiré ayudándome a recuperar esa fórmula.

—Si te entiendo bien, pretendes que yo y mis compañeros del MI5 te ayudemos a salir bien librado del lío en que estás metido, ¿no?

—Nosotros y vosotros siempre nos hemos entendido bien. Todo el mundo sabe que la CIA y los servicios secretos británicos intercambian información y ayuda.

—¿Incluso con los traidores? —deslizó Modesty.

Hamilton bajó la mirada, y estuvo unos segundos silencioso antes de preguntar:

—¿Qué piensas hacen en definitiva? ¿Qué pensáis hacer? ¿Entregarme a la CIA?

—Tú sabes que eso sería lo correcto.

—¿Y qué me dices del *Mistowen*?

—Podemos recuperarlo nosotros. *Tenemos* la pista de esa mujer llamada *Daisy*. En cuanto a la palabra *Redsky*, es el nombre de un

club nocturno *de Nassau*. El *Redsky Club*... Presumimos que *Daisy* trabaja ahí, o quizá es la propietaria. No será difícil encontrarla. Como ves, no te necesitamos para *nada*. Al principio, tal vez, por tus supuestas buenas relaciones con la MVD, pero está claro que esas buenas relaciones han terminado, ¿verdad? Además, resulta que ahora el *Mistowen* ya no lo tienen los rusos, sino Daisy, así que la buscaremos a ella. ¿Para quién crees tú que puede estar trabajando Daisy? No para vosotros, ni para nosotros, ni para los rusos, pues parece evidente que Daisy mató a Albert Fogg para quitarle el correo que traía de Estados Unidos... ¿Para quién, entonces?

—No tengo la menor idea.

—¿Seguro?

—Claro. ¿Qué demonios estás pensando ahora de mí? ¿Qué hago triple juego?

—No serías el único. En definitiva, puesto que no puedes ya seguir acercándote a la fórmula del *Mistowen* utilizando tus buenas relaciones con los rusos, ya no sirves de nada, seas agente doble o seas agente triple. Y otra cosa: en estos momentos es más que posible que en Washington sepan ya a qué atenerse con respecto a ti. O lo sabrán muy pronto. ¿Por qué tenemos que comprometernos nosotros con nuestra amiga la CIA para ayudar a un traidor de ésta, puedes decírmelo? Estás perdido, Hamilton, eso es todo.

—Lo sé. Y te pido la oportunidad de hacer algo no ya por Estados Unidos, sino por las víctimas que ese *Mistowen* maldito pudiera ocasionar.

—Digamos —sonrió Modesty— que estás pretendiendo redimirte un poco de tu traición a la CIA recuperando ese *Mistowen*, pero no por la CIA, sino por la gente inocente que podría pagar las consecuencias de las secuelas de ese... medicamento.

—Sí.

—Chocante. No sé si entermecerme o echarme a reír. ¿Por qué tengo que creer tan buenos propósitos humanitarios en un traidor?

—Pues no los creas —replicó secamente Hamilton.

Durante más de un minuto, Modesty Caron estuvo mirando fijamente al traidor americano. Por fin, dijo, hablando lentamente:

—Te vamos a dar la oportunidad de hacer algo bueno, Hamilton. Pero tú correrás todos los riesgos. ¿Estás conforme?

—Desde luego.

—Muy bien. Tenemos la pista de Daisy en el *Redsky Club* pero como bien sabes, también los rusos tienen esa pista y, naturalmente, irán a por Daisy a ese club. Si vamos mis compañeros y yo puede organizarse una lucha que posiblemente ocasionaría algunos muertos. Y yo me pregunto: ¿por qué arriesgarme yo o arriesgar a alguno de mis compañeros teniéndote a ti?

—Eso es muy duro, ¿no? —sonrió Hamilton.

—Forma parte de los juegos del paraíso —sonrió Modesty—. Bien: ¿estás de acuerdo en correr todos los riesgos tú solo?

—Sí.

—Admirable —susurró Modesty—. Realmente admirable. Bueno, ¿qué tal si tomamos el aperitivo?

* * *

El camarero depositó el *whisky* ante Hamilton Travers, y se disponía a alejarse hacia otro lado de la barra del *Redsky Club* cuando el espía lo atrajo con una seña.

—¿Diga, señor?

—¿Falta mucho para que actúe Daisy?

—¿Daisy? —Alzó las cejas el camarero—. No tenemos ninguna chica llamada así en las atracciones del club.

—Pues un amigo me aseguró... Bueno, quizá yo entendí mal, y sea una de las camareras de las mesas... ¿Puede ser eso?

—No hay ninguna Daisy en el club, señor. Lo sabría. Hace más de cuatro años que trabajo aquí. ¿Está seguro de que le dijeron en el *Redsky*?

—Pues empiezo a dudarlo —gruñó Hamilton.

—Lo siento, señor.

El camarero se retiró, y Hamilton quedó solo ante su vaso de *whisky*. Bebió un sorbo y se volvió. Hacía un par de minutos que había finalizado una de las atracciones en el pequeño escenario, y el público charlaba ahora, creando un interminable rumor, en el que de cuando en cuando destacaba una risa. Todas las mesas estaban ocupadas, se bebía *whisky*, combinados, champaña... Algunas parejas bailaban en la pista central al son de la música ambiente. El club era muy agradable, de ambiente recogido. La iluminación era como podía esperarse dado el nombre del club: roja, procedente del

techo por sistema indirecto. Sí, como si estuvieran bajo un cielo rojo...^[1]

Hamilton había comprendido ya que el público del club era selecto. El *Redsky*, sito en Bay Street, cerca de Rawson Square, parecía tener a gala una cierta exclusividad. De acuerdo, todo muy bien... pero al parecer no existía la tal Daisy. Sin embargo, si Cerezo no había mentido, Albert Fogg la había llamado al *Redsky* desde Miami...

La había llamado por teléfono.

En el momento en que iba a comenzar otra de las atracciones, Hamilton se volvía hacia la pantalla luminosa rectangular colocada a la derecha del pequeño escenario. Debía medir un metro de largo por medio de alto, y tras el cristal se veía simplemente un resplandor rojo. Pero, poco antes, Hamilton había visto aparecer en esa pantalla las palabras «*Míster Sanderson*». Conocía el sistema: alguien había llamado por teléfono al tal *míster Sanderson* al club, y la persona que había recibido la llamada había tecleado la iluminación de ese nombre en letras negras en la pantalla. Así que cualquier persona que estuviera en la sala podía saber que la llamaban al teléfono tan sólo mirando la pequeña pantalla luminosa...

¿Y si él llamara por teléfono a Daisy al club? ¿Le dirían que no existía tal Daisy..., o Daisy aparecería de alguna parte y se pondría al teléfono?

El problema estaba en que para llamar a Daisy al club tenía que salir de éste, en cuyo caso, si Daisy acudía al teléfono no podría verla. Y en este problema suplementario estaba pensando Hamilton Travers cuando, de pronto, la pantalla luminosa para aviso de llamada telefónica se oscureció levemente al aparecer las letras negras en ellas.

Solamente cinco letras: DAISY.

El espía americano quedó atónito, por un instante. Acto seguido, su mirada fue hacia las mesas, pero todavía había movimiento, pues las parejas regresaban a ellas, ya que estaba a punto de comenzar la siguiente atracción del club. El público iba de un lado a otro.

Hamilton se desplazó hasta colocarse delante del mismo camarero de antes.

—¿Dónde está el teléfono para recibir las llamadas del exterior

para los clientes? —preguntó.

—En el vestíbulo, señor. En el guardarropía.

—Gracias.

El público se había sentado, y Hamilton se dirigió hacia la puerta de salida de la sala, tras la cual estaba el guardarropía y finalmente la de la calle. Por delante de él caminaba una mujer, también hacia la salida de la sala. La vio en primera instancia de espaldas. Y nunca mejor dicho, pues la mujer llevaba descubierta la espalda desde la cintura. Una espalda preciosa... y negrísima.

Bueno, podía ser casualidad. No se imaginaba al ruso que se hacía llamar Fogg relacionándose con una negra. Un hombre tan rubio, tan atractivo..., seguramente con la altanería racial suficiente para elegir sus conquistas entre la raza blanca. De todos modos, Albert Fogg habría demostrado tener un excelente gusto si hubiera tenido relaciones con la negrita que precedía a Hamilton hacia la salida. Era alta, esbelta, elegantísima, felina. De pronto, ella se volvió hacia una mesa, y Hamilton quedó turulado el ver su rostro, de una belleza increíble: labios finos, ojos enormes y resplandecientes, facciones regulares. No debía tener más de veinte o veintidós años.

Tuvo que hacer un esfuerzo para concentrar su atención en el breve diálogo entre la bellísima negra y la muchacha de raza blanca, también preciosa, que la interpelaba desde la mesa:

—¿Adónde vas, Daisy? —preguntó la mujer blanca.

La negra señaló el iluminado llamador telefónico y dijo:

—Vuelvo en seguida.

Continuó caminando hacia la salida. Hamilton iba detrás, fascinado por el ondulante movimiento de las esbeltas caderas. La piel de la espalda parecía de seda. ¡Qué hembra tan magnífica!

Y se llamaba Daisy.

Ésta cruzó la puerta y Hamilton apretó el paso para no perderla de vista ni un instante. Si atendía el teléfono ya no podría tener la menor duda. Porque Daisy podía haber muchas, pero las casualidades tienen un límite...

Justo en el momento en que se disponía a cruzar el umbral hacia el guardarropía, Hamilton Travers vio, como en una relampagueante visión, el rostro de Apolo, el ruso de los cabellos rojos. Casi saltó hacia un lado de la puerta, y se asomó en seguida,

mirando hacia donde había visto el rostro del espía ruso. Lo vio de perfil. También veía a la muchacha negra de perfil, conversando con el ruso. Apolo Gravilovitch metió la mano derecha en el bolsillo de este lado de la chaqueta, y dijo algo que sobresaltó a Daisy. Apolo movió la cabeza hacia la puerta de salida del club y la muchacha se encaminó hacia allí, tensa...

Hamilton escondió la cabeza, calculó el tiempo y salió al guardarropía, donde sólo estaba ahora la empleada de raza negra, tras su mostrador, leyendo una revista. Ante ella, el teléfono estaba descolgado, pero la muchacha no se enteraba de nada. Había recibido la llamada, había tecleado el nombre de Daisy y había seguido con su revista.

Hamilton salió a la calle, miró a derecha, e izquierda, y por este lado vio a Apolo y a Daisy, caminando uno junto al otro, como si nada sucediese. Iban hacia Charlotte Street, por cuya esquina apareció de pronto el automóvil, lentamente. Hamilton identificó en el acto el coche de los rusos, desde el que aquella mañana la virulenta Natalia le había estado apuntando con un rifle...

Echó a correr de pronto, pasó junto a Apolo, se volvió para encararse con éste, y en el mismo instante en que el ruso lo veía y soltaba un fuerte respingo, alzó la pierna derecha, aplicando un bestial puntapié entre las ingles del ruso, que brincó como un gato, emitiendo lo que pareció talmente un tremolante maullido de dolor, y cayó rodando al suelo.

—¡Venga! —Asió Hamilton una mano de la negra—. ¡Tenemos que correr!

Daisy echó a correr junto a él, sin duda convencida de que no le iría peor con Hamilton que con el hombre que la había amenazado con una pistola metida en un bolsillo. Sus zapatos de altísimo tacón resonaban en la acera, y la muchacha se tambaleaba sobre ellos. Hamilton se detuvo en seco.

—¡Quíteselos! —gritó—. ¡Los zapatos, quíteselos!

Al mismo tiempo, miraba hacia atrás. Desde el coche vio llegar corriendo a Ossip y a Apolo poniéndose en pie como si sus piernas fuesen de trapo... Pero lo que más le llamó la atención fue el brillo en la mano derecha de Ossip. Vio el fogonazo, y oyó por encima de su cabeza el crujiente paso de la bala. Encogido, pensó que aquel ruso debía estar loco para recurrir a las armas en plena Bay Street.

Pero loco o no, Ossip volvió a disparar, y esta vez la bala rebotó en la acera a poco más de un metro por detrás de Hamilton, tras rozar su pierna. Se oían gritos ahora, se veía gente corriendo, se oían frenazos de automóviles... Daisy miraba a Hamilton con los ojos casi fuera de las órbitas. El americano optó por no replicar al fuego, y la tomó nuevamente de una mano, y tiró de ella.

—¡Corra!

¡Vaya si corrió Daisy! Descalza ahora, parecía volar más que correr. Era agilísima, parecía una gacela. En cuatro o cinco segundos llegaron a la esquina con Parliament Street, y antes de desaparecer *por* allí Hamilton volvió la cabeza. Vio a Ossip y a Apolo corriendo hacia el coche, que sin duda conducía Natalia, y lanzó un suspiro de alivio. Pero inmediatamente comprendió que los iban a perseguir con el coche, y se atragantó con el suspiro.

Recorrieron unos cuantos metros, Hamilton tiró de la mano de la muchacha, y entraron en un portal. Se lanzaron los dos escaleras arriba, y no se detuvieron hasta el segundo piso. Aquí, Hamilton se sentó en un escalón, y Daisy lo hizo a su lado. Parecía terriblemente asustada.

—Tranquila —jadeó Hamilton, dándose unos golpecitos bajo la axila izquierda—. Si nos encuentran, pero para ellos. Pero será mejor para todos que no nos encuentren. Esperaremos aquí un buen rato, y luego tomaremos un taxi... ¿Dónde vive usted?

—Tengo... un apartamento en Delancey Street.

—¿Vive sola allí?

—Sí, sí.

—¿Alguna vez estuvo Albert Fogg en su apartamento? ¿Sabe dónde está?

—No, él nunca... ¿Cómo sabe usted...?

—Ssst. Guardemos silencio ahora.

CAPÍTULO VI

—Bueno, señor —le miró expectante Daisy—. ¿Podemos hablar ahora?

—Ahora, sí —sonrió Hamilton.

Habían llegado hacía unos minutos al apartamento de la muchacha, que se había puesto unas zapatillas y le había servido un *whisky*. No habían podido hablar en el taxi, pero, efectivamente, ahora sí podían hacerlo, a solas, cómodamente sentados ambos en el gracioso saloncito del apartamento de Daisy.

—¿Es usted amigo de Albert? —preguntó Daisy.

—¿Lo es usted?

—Bueno —ella sonrió como disculpándose—, es un hombre muy amable. Pero yo no comprendo todo lo que ha pasado. Aquel hombre, en el *Redsky*, me dijo que me estaba apuntando con una pistola y que...

—Ya conozco la maniobra —murmuró Hamilton—. ¿Ha dicho que Albert Fogg es un hombre muy amable?

—Oh, sí.

—¿Por qué dice eso?

—Mire, señor, antes de seguir con esta extraña situación, yo quisiera saber...

—Daisy: yo haré preguntas, usted contestará, y eso será todo. En su momento, si me parece conveniente, contestaré algunas de las tuyas. No quisiera ser desagradable con usted.

—Pero ¿qué... qué pasa? ¡No comprendo lo que...!

—¿Por qué ha dicho que Fogg es un hombre muy amable? En todo caso, estaría mejor decir que *era* un hombre muy amable.

—¿Era...?

—Lo mataron anoche, de tres balazos en el pecho.

Daisy palideció y se quedó mirando a Hamilton aturdida, y no poco asustada acto seguido. El espía americano frunció el ceño. O él no había aprendido nada en todos aquellos años de espionaje, o aquella muchacha no tenía la menor noticia sobre la muerte del agente ruso que se hacía llamar Albert Fogg.

—¿No lo sabía? —murmuró, mirándola fijamente.

—No... No.

—Pues yo creía que lo había matado usted. Bueno, vamos a dejar eso —gruñó al ver cómo se desorbitaban de nuevo los ojos de la muchacha—. Realmente, no puedo creer que fue usted quien lo hizo. ¿Por qué le parecía amable Albert Fogg? Mire, será mejor que se sirva un *whisky*, y que se tranquilice. No tengo ninguna prisa especial.

Daisy se sirvió un *whisky*, volvió a sentarse, y tras suspirar profundamente, dijo:

—Me traía regalos de Miami... Era simpático, generoso y amable. Y muy guapo. Pero yo sabía que no podía ser.

—¿A qué se refiere? ¿Qué es lo que no podía ser?

—Bueno, él decía que estaba enamorado de mí como... como un loco. Me llamaba con mucha frecuencia al *Redsky Club*, adonde voy casi todas las noches con unas amigas, con unas compañeras de trabajo...

—¿En qué trabaja usted?

—Soy modelo. Albert me llamaba incluso desde Miami algunas veces. Una de las veces me dijo que tenía un regalo especial para mí, pero que le gustaría entregármelo a solas, en mi apartamento. Yo no quería que el supiera dónde vivo, así que le dije que no, y él me citó entonces en su *bungalow*, me dijo dónde estaba, insistió mucho en que fuese allí...

—¿Fue usted?

—No. No he querido ir nunca.

—¿No le amaba?

—Bueno, ya le digo que yo sabía que no podía ser, así que desde el primer momento procuraré... que él comprendiese mi postura. Se diga lo que se diga, no es... prudente que se casen un blanco y una negra. Casi siempre termina mal.

—¿Quiere eso decir que Albert Fogg le propuso la boda? —Se pasmó Hamilton.

—¡Oh, sí, varias veces! La verdad, creo que sí está... estaba muy enamorado de mí. Seguramente se habría casado conmigo si yo hubiera accedido, pero nunca quise admitir esa posibilidad. Él me decía que no era racista, bueno, todo eso, pero yo... hice siempre todo lo que pude para no encariñarme con él.

—¿Y lo consiguió?

Daisy tragó saliva y titubeó.

—Creo... creo que sí. Aunque tengo que admitir que muchas veces... Bueno, creo que si hubiéramos continuado viéndonos habría acabado por... unirme a él, de un modo u otro, usted entiende.

—Entonces, no nos engañemos —susurró Hamilton—: usted lo amaba, simplemente.

—Sí —bajó la mirada Daisy—. ¡Oh, Dios, mío, lo han matado! Pero ¿por qué, quién...? ¡Era tan bueno y amable, tan cariñoso, tan gentil...!

Hamilton se quedó mirando, entre consternado y un tanto incrédulo, *las* lágrimas que se deslizaban *por* el rostro de Daisy. De todos modos, ¿por qué sorprenderse, por qué desconfiar? ¿Acaso un hombre ruso no era igual *a* un hombre americano, o negro, o chino...? ¿A qué sorprenderse por *el* hecho de que Albert Fogg se hubiera enamorado, fuese de una negra o de cualquiera otra mujer? El mismo, en aquellos momentos, estaba pensando en Modesty Caron, y...

Sacudió la cabeza.

—¿De *qué* hablaban ustedes? —*murmuró*.

—Pues de muchas cosas... Me contaba anécdotas de sus viajes, paseábamos algunas veces, salimos de paseo en lancha, nos encontramos un par de veces en el Redsky... Cosas así.

—¿Nunca le habló él *de* su trabajo?

—No... No. Sólo comentó en alguna ocasión que era debido a su trabajo que tenía que hacer frecuentes viajes a Estados Unidos.

—¿Dónde le conoció usted, y cómo?

—Fue una noche, *en* la quinta del señor Dalo. El señor Dalo había dado una fiesta, y ofreció a sus invitadas un pase de modelos de la firma para la que trabajo. Yo fui como modelo, claro... Bueno, en cuanto Albert me vio no *me* quitó la vista de encima, me di cuenta, y *luego me esperó*, quiso acompañarme. Yo le dije que si

quería *estar un rato* conmigo tendría que ir al *Redsky*, donde casi todas las noches voy con mis compañeras, como ya le he dicho. Siempre hay conocidos, gente simpática que nos invita a champaña, bailamos *un rato*... Cuando llegué al *Redsky*, Albert ya estaba allí. Y así *empezó* todo. Se enteró de dónde trabajo, *me* esperó algunas veces... ¡Ojalá yo no hubiera ido a aquel pase de modelos en la quinta del señor Dalo!

—¿Quién es el señor Dalo?

—¿No lo conoce usted? Oh, claro, usted es americano, ¿verdad? Bueno, el señor Dalo, Jonás Dalo, es un diputado de aquí, un hombre importante, muy rico.

—¿El señor Dalo es de raza negra?

—Sí, claro.

—Ya. ¿Y qué hacía Albert Fogg en la fiesta?

—No lo sé —parpadeó Daisy—. Ni se me ocurrió preguntárselo nunca. Bueno, el señor. Dalo tiene muchas y buenas relaciones en todas partes, como es natural.

—Por supuesto. ¿Y qué clase de relaciones tenía Albert Fogg? ¿Con quién solía verlo usted?

—Con nadie. Salvo cuando venía al *Redsky* siempre nos veíamos a solas. Y al *Redsky*, salvo la primera vez, no fue prácticamente nunca. Me llamaba, me esperaba y paseábamos. A veces... me daba la impresión de que no quería que le vieses conmigo.

—Y por eso precisamente usted se resistía a acceder a su petición.

—Sí... Sí. Por un lado decía amarme muchísimo, y por otro, no sé, siempre era un poco... como misterioso, sigiloso...

—Albert Fogg —dijo lentamente Hamilton— no se llamaba realmente así, Daisy. Era un espía ruso. Y el hombre que la ha sacado a usted esta noche del club, y el que nos ha disparado, también lo son. Querían llevársela para preguntarle si había sido usted quien había matado anoche a Fogg.

Daisy estaba estupefacta y aterrada. Hamilton torció el gesto.

—Bueno, piénselo bien. Yo puedo ayudarla a salir de este apuro, pero sólo si es sincera conmigo. ¿Lo mató usted o no?

—¡No!

—Y tampoco estuvo en su *bungalow* anoche, ni se llevó nada de allí.

—¡Claro que no!

Hamilton Travers torció de nuevo el gesto. Muy bien: a Fogg no lo habían matado los de la CIA, ni los de la MVD, ni los del MI5, ni lo había matado Daisy... ¿Quién más quedaba? La respuesta era obvia: pues, quedaba todo el resto de servicios de espionaje del mundo, así de simple. Y entonces..., ¿en qué clase de auténtico y tremendo lío se había metido él persiguiendo la fórmula del *Mistowen*?

Miró de nuevo a Daisy.

—Por la mañana llamará usted a su trabajo y dirá que ha tenido que salir de Nassau por unos días. Si le hacen preguntas, esquivélas como sea. ¿Entendido?

—Pero... pero mis compañeras querrán saber qué pasa, y bien tendré que...

—No les diga nada de nada —gruñó Hamilton—. Escuche, estoy haciendo esto para salvar su vida, Daisy. Si los rusos la vuelven a ver, la matarán. En estos momentos deben estar convencidos de que usted ha estado trabajando para la CIA, para el MI5, o para cualquier otro servicio de espionaje.

—¡Pero eso no es cierto! —exclamó Daisy.

—Yo lo sé, pero ellos no.

—Y usted... ¿quién es?

—Un gilipollas —masculló Hamilton—. Porque sólo un gilipollas se complicaría la vida como me la he complicado yo. Ahora recoja algunas cosas, métalas en una maleta, y nos iremos de aquí. Y no se preocupe: estará bien atendida. Vamos, hágalo.

—Sí... Sí, señor.

Daisy se puso *en pie* y se dirigió hacia *el* dormitorio, Hamilton Travers sacó la radio de bolsillo que le habían entregado los del MI5 junto en la pistola, y llamó.

—¿Sí? —Sonó la voz de hombre en la pequeña radio.

—Soy yo. *Tengo a la* chica. Necesito un coche que nos recoja para *ponerla a salvo*. Los rusos *han* disparado contra nosotros.

—¿Dónde están ahora?

—Estaremos dentro de quince minutos en la esquina de West Hill Street y Cumberland.

—*Okay*.

—En resumen —murmuró Modesty Caron—, que no tenemos ni la menor idea respecto a quién mató a Fogg y por tanto quién tiene el *Mistowen*.

—La culpa no es mía —gruñó Hamilton.

—¿Ah, no? Si esa fórmula no hubiera salido de la Central de la CIA todo esto no estaría ocurriendo, querido Hamilton. ¿Y quién sacó la fórmula de la Central?

Hamilton compuso un gesto sombrío y guardó silencio. Los tres compañeros de Modesty Caron lo miraban fijamente. No habían abierto la boca ni una sola vez, toda la conversación con Hamilton la había llevado Modesty, que ya enterada de todo no parecía precisamente satisfecha.

Por fin, tras esperar en vano algún comentario por parte de Hamilton, Modesty se puso en pie, y abandonó la salita del pequeño chalé sito en Harold Road, cerca de Harold Road. Fue al dormitorio donde esperaba Daisy, cerró la puerta, y se quedó mirando a la bella negra, que a su vez contemplaba con pasmo a la rubia de ojos verdes cuyo carácter parecía de hierro.

—Si nos ha mentido —dijo la hermosa rubia—, no hará falta que la encuentren los rusos, porque la mataremos nosotros. ¿Me ha entendido bien, señorita Smith?

Daisy tragó saliva y asintió con la cabeza. Estaba tan francamente asustada que, en realidad, Modesty no tenía dudas respecto a la sinceridad de la muchacha. Pero nunca se sabe...

—Muy bien, Permanecerá aquí el tiempo que sea necesario. Uno de mis amigos estará siempre con usted. Pídale lo que necesite, y en lo posible será complacida. Pero no intente marcharse, se lo advierto por última vez.

—No... No lo intentaré.

Modesty Caron titubeó un instante, y dijo:

—Siento lo de Albert Fogg.

Salió inmediatamente del dormitorio y regresó a la salita. Hamilton y los tres compañeros de Modesty permanecían en el mismo sitio, silenciosos.

—Bien —dijo Modesty—, hay una pregunta que supongo nos hemos hecho todos: ¿qué hacía el espía ruso Albert Fogg en la

quinta de un diputado de Bahamas, el tal Jason Dalo?

—Evidentemente, lo habían invitado a la fiesta, ¿no? —dijo de mal talante Hamilton.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué el señor Dalo invitó a un espía ruso a su fiesta?

—Supongo que no sabía que Fogg era un espía ruso.

—Tal vez. En cuyo caso lo invitó debido a determinada clase de relaciones entre ellos.

—Quizá no lo invitó el propio señor Dalo.

—Quizá. Bueno, parece que estamos completamente desorientados, Hamilton. Ha muerto Fogg, le han robado el correo, y por lo tanto no tenemos ni idea de dónde puede estar el *Mistowen* y en manos de quién... ¿Qué sugieres?

—Creo que deberíamos interesarnos por las actividades visibles de Albert Fogg en Nassau, y buscar algo en esas actividades que puedan relacionarse con Jason Dalo.

—Perfecto. ¿Algo más?

—Me gustaría saber dónde están escondidos los rusos —masculló Hamilton.

—Y a mí también —sonrió Modesty; miró a los dos rubios y al moreno—. Muchachos, pongan en marcha todos nuestros recursos para averiguar todo lo que tan inteligentemente ha sugerido nuestro colega Hamilton Travers. Pero con exquisito cuidado: si la CIA nos huele en actividad, querrá saber qué pasa, y entonces no tendríamos más remedio que entregarles al señor Travers.

—Hagámoslo y en paz —dijo el espía moreno.

—Claro que no, de momento —casi rió Modesty—. ¡Quiero darle al señor Travers la oportunidad de que acabe de enamorarse perdidamente de mí! ¿No es romántica toda esta historia? Bien, vayan a su trabajo.

—¿Se va a quedar sola con este traidor? —masculló uno de los rubios.

—¿Por qué no? —sonrió de nuevo Modesty—: nadie mata a la persona que ama. ¿Verdad, Hamilton?

—De buena gana te estrangularía —gruñó Hamilton.

—¡Qué amor tan salvaje!

Modesty hizo una seña a sus tres compañeros, que de evidente mala gana se dirigieron hacia la puerta. Cuando quedaron solos,

Modesty se sentó en un sillón frente a *Hamilton* y encendió un cigarrillo.

—No tenemos más remedio que quedarnos aquí mientras mis compañeros trabajan, a fin de evitarle peligrosas tentaciones de fuga a la preciosa Daisy. ¿De qué te gustaría hablar, Hamilton?

—De nada.

—¿Ni siquiera de amor?

—Escucha —pareció rechinar la voz de Hamilton—, yo soy un traidor, de acuerdo, pero ya me estás cansando con tus sarcasmos. Soy perfectamente capaz de enamorarme, pese a todo. Y tú también, ¿no es cierto?

—De modo que pretendes tener... auténtica sensibilidad humana —susurró Modesty.

—¿Tú no la tienes?

—Querido —sonrió Modesty—: yo soy una espía.

—¡También yo soy un espía, y...! ¡Oh, vete al diablo! O por lo menos, deja de fingir conmigo.

—¿Fingir contigo? ¿A qué te refieres?

Hamilton se puso en pie y se colocó ante el sillón que ocupaba Modesty.

—Muy bien —dijo—. Reconozco que eres más activa y eficaz de lo que pensé cuando te conocí en Miami. Eres una chica lista, es cierto. No tienes por qué estar peor entrenado que yo, eso está admitido. Pero mira lo que ha pasado con un agente ruso: se enamoró de una mujer, de una negra.

—¿Y qué?

—Pues que no tiene nada de extraordinario que yo me haya enamorado de ti..., y tú de mí.

Dicho esto, Hamilton se inclinó, y su boca se posó en la de Modesty Caron. Estuvo allí unos segundos, depositando un beso que no tuvo respuesta alguna. Los labios de Modesty parecían de piedra, duros, rígidos.

Pero se movieron cuando Hamilton dejó de besarla y se irguió, contemplando el lívido rostro de Modesty.

—Si vuelves a hacer esto o algo parecido, te mataré, traidor.

Y acto seguido, Modesty se pasó con fuerte presión una mano por los labios, como queriendo arrancarlos..., o, al menos, arrancar el beso depositado allí por Hamilton Travers.

CAPÍTULO VII

Hacia las tres de la tarde siguiente, cuando Modesty hacía poco que había terminado una breve siesta, llegaron sus tres compañeros, y rápidamente se procedió a la exposición de los informes obtenidos.

—Albert Fogg estaba acreditado como representante de una firma británica de bisutería —dijo el sonriente moreno—, y al parecer, se ganaba bien la vida con ello. Bisutería fina. Mucha gente le compraba, quiero decir muchas tiendas especializadas. De cuando en cuando hacía ventas directas, pero naturalmente, a personas de poco relieve, en general.

—Con lo que cabe suponer que no era para venderle bisutería por lo que se relacionaba con el señor Dalo.

—Bueno..., quizá sí. Resulta que la firma de modas para la que trabaja Smith se relaciona con una de las joyerías más importantes de Nassau; ésta joyería provee a la firma de modas de la bisutería a Albert Fogg. Así pues, se puede pensar que Albert Fogg acudió a aquella fiesta en la quinta de Jason Dalo como invitado de la joyería que había aportado la bisutería para engalanar a las modelos. O algo así, ¿no?

—Es más que posible —asintió Modesty—. Vaya, mala suerte, entonces.

—Tal vez no. Hemos observado algo que nos ha llamado la atención respecto al señor Dalo. Tiene mucho dinero y negocios variados. Entre éstos, la fruticultura y la selvicultura. Bueno, frutas y madera, claro. Es corriente en estas islas.

—¿Entonces...?

—Digamos que, para cuidar esas posesiones, al señor Dalo le bastarían unos... pongamos cincuenta empleados.

—¿Y cuántos tiene?

—Más de trescientos. *Se les ve* por los campos, yendo de un lado a otro con herramientas, *jeeps*, avionetas de fumigación... Y hasta disponen *de* algunas lanchas para ir de un lado a otro de la costa. Bueno, casi se tropiezan unos con otros, debido al exceso de personal. El señor Dalo está considerado como una persona generosa y casi caritativa al dar empleo a tanta gente sin necesitarla.

—Tal vez lo sea —murmuró Modesty.

—Claro que no —gruñó Hamilton—. A mí eso no me huele nada bien. ¿Qué clase de gente son esos empleados?

—Son negros. Todos. Absolutamente todos.

—Sigue sin olerme bien —insistió Hamilton.

—¿Qué sabemos de los rusos? —preguntó Modesty.

—Aquí viene lo más extraordinario de todo —intervino uno de los rubios—. No son conocidos. Me explicaré. Conozco a un sujeto que tiene muy buenas relaciones con los rusos, un agente doble, claro. Anoche mismo lo llamé, y le dije que tenía que arreglárselas para saber dónde se escondían tres rusos que se llamaban Natalia, Ossip y Apolo. Incluso se los describí. Me puse en contacto con él al mediodía. Y me dijo que si esos rusos estuvieran en la isla, él lo habría sabido.

—Es decir, que se han marchado —gruñó Hamilton.

—Eso no sería sorprendente —replicó el rubio—. Mi informante me ha dicho que ha sondeado adecuadamente a uno de sus conocidos rusos, y que ha sabido que ningún ruso como los mencionados y descritos está ni ha estado jamás en Nassau. Cabría admitir la posibilidad de un error más o menos razonable en cuanto a los dos sujetos, pero la tal Natalia, con la cara picada de viruela, no es fácil de confundir... ni de olvidar, ¿verdad?

—De modo —musitó Modesty— que los rusos niegan que esos tres hayan estado o estén todavía en la isla.

—Exactamente. Por lo demás, esos buenos muchachos soviéticos habituales de por aquí están haciendo lo que entre nosotros llamamos vida normal. Como si no hubiera pasado nada.

—¿Ni siquiera buscan a Albert Fogg?

—Para los rusos —terminó de machacar su sorpresa al rubio—. Albert Fogg es un desconocido total.

—Puede que ese sujeto informante nos esté tomando el pelo.

—No. Seguro. Es de toda confianza. Respondo personalmente por él.

—Pues estamos listos —refunfuñó Hamilton—. ¡Ahora va a resultar que todo eso de enviarnos con una lancha mar adentro, y las balas que me buscaron en Bay Street, ha sido una pesadilla! ¡Los rusos han mentido a su informante, eso es todo! Y si buscamos por ahí encontraremos el coche de esos tres que...

—Están buscando el coche —cortó ásperamente el rubio—. Pero me apuesto la cabeza a qué no aparece.

—Tal vez, simplemente —susurró Modesty—, aquellos tres personajes no eran rusos. Pero yo digo que sí lo eran. Del mismo modo que lo era Albert Fogg... ¿Lo era o no lo era, Cerezo?

El cubano, que permanecía en un alejado sillón como esforzándose en conseguir la invisibilidad, se sobresaltó, y enseguida asintió.

—Sí, lo era.

—Pero sus camaradas de Nassau no saben nada de él.

—De eso no sé nada.

—Pues a mí se me está ocurriendo algo —deslizó Hamilton—. Tanto Fogg como Natalia y los otros dos forman un grupo aparte del servicio regular del espionaje ruso. Así que tenemos que Fogg era un correo especial, y que los otros tres eran asimismo agentes especiales con una misión aparte y específica aquí o en Estados Unidos.

—Exactamente eso estaba pensando yo —dijo Modesty.

—Bueno, en algo teníamos que coincidir —farfulló Hamilton.

—Pero... ¿quién tiene el *Mistowen* y quién mató a Fogg? —reflexionó el espía moreno.

Hubo unos segundos de silencio hasta que Modesty dijo:

—Tengo la esperanza de que, con las informaciones que tenemos en la actualidad, y con un poco de ingenio y valor, nuestro colega Hamilton Travers se encuentra dispuesto a seguir esta investigación... ¿No es así, Hamilton?

—De modo que otra vez me vais a utilizar...

—Ya se hizo un trato al respecto, ¿no? ¿Por qué arriesgarnos nosotros si te tenemos a ti, que eres el culpable de que ese dichoso *Mistowen* esté en circulación? De todos modos, si lo deseas, el trato puede terminar: nosotros nos encargamos de todo, y te ponemos en

manos de la CIA..., después de haber encontrado nosotros el *Mistowen*, claro. Al servicio de inteligencia británico le encantará conocer una fórmula tan interesante. Y dudo mucho que vosotros se la hayáis dado a conocer, ¿verdad?

—No creo —sonrió Hamilton—. La colaboración tiene un límite, querida mía.

—Lo mismo te digo. ¿Sigues adelante o nos ponemos en contacto con la CIA?

—Quiero encontrar yo el *Mistowen*.

—Pues me imagino que ya sabes lo que tienes que hacer. ¿O no?

—Si me matan —dijo Hamilton, mirando fijamente a Modesty Caron—, veré tus lágrimas por mí desde el Más Allá.

—¿Tienes que decir algo más? —preguntó fríamente ella.

La vacilación de Hamilton Travers fue evidente, todos se dieron cuenta de ella. Pero finalmente, el espía americano movió la cabeza con gesto negativo.

—No, nada más. ¿Qué importa ya?

—Si tienes algo que decir, dilo —murmuró Modesty.

—No... No. No importa. Adiós a todos.

* * *

—Buenas tardes, señor Dalo... Gracias por recibirme.

Jason Dalo, espléndido ejemplar de la raza negra, alto, fuerte, con los cabellos grises, vestido impecablemente, se quedó mirando con curiosidad al visitante que poco antes le había anunciado uno de sus criados. De pie tras la mesa de su despacho privado en la hermosa quinta rodeada de campos frutales y bosque, resultaba imponente, interesante.

—No podía negarme, dados los términos que usted ha utilizado con mi criado, señor Travers. Por favor, siéntese.

Hamilton se sentó ante la mesa, en un confortable sillón. Jason Dalo lo hizo en el suyo, tras la mesa. Sus grandes, inteligentes ojos negros no se apartaban de Hamilton, el cual creía percibir una especial expresión en el gesto del negro.

—En realidad —dijo de pronto Hamilton—, y debería haberme presentado a usted con otro nombre.

—¿Cuál nombre? —Alzó las cejas Dalo.

—«Moscow». Soy amigo de Albert Fogg.

—Fogg... Me suena el nombre, pero no consigo recordar al hombre.

—Estuvo como invitado en una fiesta de usted en la que se pasaron unos modelos. Era el proveedor de bisutería al joyero que intervino en el pase. Un hombre alto, rubio, muy atractivo, de unos treinta y tantos años.

—Ah, sí... Sí, sí, ahora lo recuerdo. Sí, era un joven muy amable. Británico, sí. Perdona: ¿ha dicho que usted se llama o debería haberse presentado con el nombre de «Moscú»?

—Así es, señor Dalo.

—Bien... No comprendo. No entiendo nada.

—Yo creo que sí, señor Dalo. Me consta que usted y Fogg tenían relaciones directas, aunque eso sí, muy discretas. Del mismo modo que las tiene usted con Natalia, Ossip y Apolo. Me estoy refiriendo al grupo especial de agentes rusos del cual yo formo parte.

Era un disparo al azar, y mientras hablaba Hamilton no dejaba de mirar fijamente los ojos de Dalo. Pero no apareció en éstos expresión alguna. Nada. De pronto, parecían como apagados. Como de negro cristal opaco.

—Según yo entiendo, señor Travers —murmuró de pronto Dalo—, usted está diciéndome con toda claridad que es un agente ruso.

—Soy americano, pero trabajo para los rusos. Albert Fogg era uno de ellos. A los otros tres ya se los he mencionado. Sé que los conoce usted. Especialmente Natalia es inconfundible, con su rostro picado de viruelas.

—Es usted tremendamente audaz, «Moscow» —sonrió secamente Jason Dalo—. Su audacia me admira realmente. Espero que también sea inteligente.

—Creo serlo —sonrió a su vez Hamilton.

—En ese caso podrá demostrarlo ahora. Si se mueve, es hombre muerto. Si se está quieto, seguiremos conversando.

Mientras Dalo hablaba, la puerta del despacho se había abierto rápidamente pero sin brusquedades. Hamilton volvió la cabeza, muy despacio, y vio a los tres negros ataviados con ropas de faena..., pero provistos de sendas metralletas que le apuntaban a él.

Volvió a mirar a Dalo.

—Supongo que tiene usted un timbre o cualquier otra señal de

alarma en su mesa, señor Dalo.

—Veo que sí es inteligente. ¿Lo suficiente para entregar su pistola sin complicaciones?

Hamilton se pasó la lengua por los labios. Cuando comenzó a mover la mano derecha, dos de los negros se colocaron ante él, siempre en silencio, apuntándole al pecho. Con exquisito cuidado, utilizando solo dos dedos, Hamilton sacó su pistola y la depositó sobre la mesa. Jason la empuñó y le apuntó.

Sin mirar a los negros, ordenó:

—Id a buscar a los tres americanos. Yo me encargo de este ruso.

Sin rechistar, los tres negros salieron del despacho. Hamilton miraba desconcertado y un tanto irritado a Dalo.

—Me parece que usted no ha entendido —gruñó—. Yo soy el norteamericano y ellos son los rusos.

—Su comedia ya no tiene objeto, «Moscow». ¿De dónde ha sacado la información para llegar hasta mí? ¿Qué sabe usted de nuestro plan?

—Estamos hablando como si los dos nos hubiésemos vuelto locos. Le repito que yo soy norteamericano.

—Pero trabaja para los rusos, ¿no? Usted mismo lo ha admitido. Yo tampoco entiendo lo que está pasando, porque resulta, señor «Moscow», que esa mujer picada de viruelas que usted ha mencionado con el nombre de Natalia y que asegura que es rusa, es en realidad una agente norteamericana, de la CIA, naturalmente...

* * *

Arriba, en uno de los amplios dormitorios de la quinta de Jason Dalo, Natalia, Ossip y Apolo se volvieron hacia la puerta al abrirse ésta. Los tres negros entraron, y uno de ellos dijo:

—El señor Dalo quiere hablar con ustedes, señorita Laycock.

—¿Conmigo? ¿Ahora? —se sorprendió Natalia Dedenko—. ¿Qué ocurre?

—No sabemos. Ha llegado un americano llamado Travers que está hablando con el señor Dalo en el despacho. El señor Dalo ha dado la alarma, y lo hemos controlado. Ahora lo está controlando el señor Dalo.

—¿Y qué hacen? —susurró Natalia Dedenko.

—Están hablando. Creo que será mejor que bajen cuanto antes. Ese americano parece peligroso y el señor Dalo está solo con él.

—¿Cuántos son ustedes dentro de la casa? —preguntó Natalia.

—Sólo nosotros tres.

Natalia asintió, se acercó a la puerta y la cerró. Los tres negros la miraron desconcertados... Tras ellos, Ossip y Apolo sacaron sus pistolas provistas de silenciador, apuntaron a la espalda de dos de los negros, y dispararon. Apenas se oyeron los chasquidos de los disparos. Las balas penetraron en el corazón de los dos negros, que fueron impulsados fuertemente hacia la puerta, mientras el tercero se volvía, sobresaltadísimo, hacia Apolo y Ossip... De este modo, también él murió por la espalda, igualmente perforado su corazón por la bala disparada por Natalia Dedenko.

—Las metralletas —dijo la rusa.

Cada uno se apoderó de una, tras guardar la pistola. Los negros fueron apartados rudamente, dejando manchurroneos de sangre en el reluciente piso. Los tres tenían los ojos muy abiertos, expresando no sólo su dolor, sino, sobre todo, su enorme sorpresa.

—Deprisa —dijo Natalia—. Si Travers y Dalo hablan con un mínimo de coherencia, Dalo se va a enterar de la verdad... ¡Deprisa!

* * *

—Usted está loco —masculló Hamilton, reaccionando—. ¡Esa mujer es una agente rusa, no de la CIA!

—¿Qué demonios pretende usted con esta patraña? —Se irritó—. ¡Sé muy bien con quién estoy tratando!

—¿Sí? Pues yo diría que no. Escuche, señor Dalo, no sé qué están tramando ustedes, pero sí sé con toda seguridad que Natalia, Apolo y Ossip son rusos, como lo era Albert Fogg. Sé que Fogg se hacía pasar por británico...

—Sí, yo también lo sé, pero era norteamericano.

De un modo todavía confuso, remoto, Hamilton Travers estaba empezando a intuir una verdad no poco desconcertante.

—Le digo a usted que Fogg era ruso. Escuche, señor Dalo, quiero explicarle rápidamente el asunto, antes de que esos tres rusos que usted cree norteamericanos entren en este despacho. Para mí todo empezó cuando la fórmula de un medicamento llamado *Mistowen*...

Hamilton habló tan rápidamente que cuando terminó apenas habían pasado dos minutos. Jason Dalo le miraba aturdido..., pero todavía desconfiado.

—No puede ser —jadeó finalmente—. ¡No puede ser cierto lo que usted ha dicho! ¡No son rusos! Ella se llama Mart Laycock y ellos son Stuart Mason y John Wells. Los tres norteamericanos, los tres de la CIA, como también lo era Albert Fogg...

—¿Qué puedo hacer para convencerle? —Se impacientó Hamilton—. ¡Son rusos, demonios! ¿Qué plan están realizando? ¡Tiene usted que decírmelo!

—Bueno, ellos... No, no, usted es...

La puerta del despacho se abrió en aquel momento. Jason Dalo miró vivamente hacia allí y, tan sólo viendo su expresión, Hamilton comprendió que la partida, lo que él llamaba juegos del paraíso, estaba llegando a su punto culminante.

—Señor Dalo —oyó tras él la voz de Natalia Dedenko—, le sugiero que deje usted esa pistola sobre la mesa, lejos del alcance de usted y del señor Travers, el americano de las siete vidas.

CAPÍTULO VIII

Hamilton se volvió, despacio, mientras oía cerrarse la puerta del despacho. Allá estaban los tres: Natalia, Apolo y Ossip, cada uno de ellos empuñando una metralleta. Comprensible.

—No tengo siete vidas —sonrió—. En todo caso, habré tenido dos. Lo cual no les ha sucedido a los tres hombres del señor Dalo, ¿no es cierto?

—¿Dónde están mis hombres? —jadeó Dalo.

Hamilton se volvió de nuevo hacia él.

—Los han matado, señor Dalo. Han comprendido que usted y yo íbamos a clarificar las cosas hablando, y que entonces su situación en esta casa sería muy peligrosa..., a menos que la dominasen. Y han empezado asesinando a sus tres empleados.

Un destello de furia pasó por los ojos de Dalo. La mano que todavía empuñaba la pistola tembló...

—No sea loco —susurró Hamilton—. Ni siquiera podría intentarlo: lo acribillarían, aunque perdieran la ayuda que todavía les representa usted para escapar.

—El señor Travers es muy listo... —dijo Natalia, colocándose en el campo visual del americano—. En efecto, todavía va a sernos usted útil, señor Dalo. Y ahora, deje ya esa pistola, o no me importará acribillarlo.

Jason Dalo dejó la pistola sobre la mesa. Estaba lívido. Natalia se acercó, y se hizo cargo de la pistola.

—Entonces... es cierto —jadeó Dalo—. ¡Ustedes tres son rusos!

—De los mejores —sonrió Natalia—. Especialmente entrenados. Tan bien entrenados, señor Dalo, que durante todos estos meses usted ha estado convencido de que estaba tratando con americanos de la CIA, ¿no es así?

—Sí... Yo creía... ¡Entonces todo es mentira! —chilló.

—No se ponga nervioso. —Natalia señaló el teléfono—. Llame a su pequeño aeródromo particular y ordene que envíen la avioneta más rápida con un solo hombre a los mandos. Sin carga de fumigación, ni de ninguna otra clase. Vamos a necesitar todo el espacio interior de esa avioneta para los pasajeros.

—¿Qué pasajeros?

—Nosotros tres, usted y el señor Travers. Comprenda que tenemos que escapar, señor Dalo, así que ustedes vendrán como rehenes. ¡Pida esa avioneta!

Dalo miró a Hamilton, que asintió con un leve gesto de cabeza. El negro llamó por teléfono, y dio las instrucciones pertinentes para que se fueran cumpliendo los planes de Natalia Dedenko. Cuando colgó el auricular, Jason Dalo parecía aterrado.

—¡Y pensar que he estado a punto de seguir sus instrucciones, de hacerlo todo...! ¡Soy un... un cretino, un imbécil...!

—Sólo un ingenuo, señor Dalo —deslizó amablemente Hamilton—. Usted, a fin de cuenta, no está acostumbrado a los juegos del paraíso.

—Y usted debería estar en el infierno ahora —dijo Natalia—. ¿Cómo se las arreglaron para salvarse?

—Los ángeles del paraíso nos ayudaron —sonrió Hamilton.

Oyó los dos pasos tras él, y comenzó a moverse para saltar del sillón, pero no llegó a tiempo. Apolo Grivilovitch le golpeó en el hombro izquierdo con la metralleta, con saña, y Hamilton saltó del sillón, lanzando un aullido de dolor. Cayó de rodillas entre la mesa y el sillón. Apolo se acercó a él, demudado el rostro por la rabia.

—¡Te voy a dar de patadas en...!

—No, déjalo —ordenó fríamente Natalia—. Tiene que estar en condiciones de caminar para salir de la casa y llegar a la avioneta cuando aterrice aquí delante. Ya podrás disponer de él luego. Y usted, señor Travers, nada de trucos ni fingimientos. Es un hombre muy fuerte, ese golpe le ha afectado menos de lo que quiere hacemos creer... ¡Vuelva a sentarse y no haga el tonto!

Todavía arrodillado y con las manos en el suelo, Hamilton le dirigió una aviesa mirada de reojo. Luego, se sentó. Sentía horribles calambres en el hombro golpeado, pero, en efecto, de momento todavía estaba en condiciones físicas aceptables. Dejaría de estarlo,

sin embargo, cuando el dolor del golpe se fuese enfriando, lo que ocasionaría una parálisis temporal de su hombro...

Aspiró profundamente, volvió a mirar a Natalia y dijo:

—Me queda una satisfacción: no os lleváis el *Mistowen*. Alguien más listo que vosotros se lo quitó a Fogg, así que...

Se interrumpió al escuchar la carcajada de Natalia, a la que se quedó mirando expectante.

—¿De modo que no tengo el *Mistowen*? —rió la rusa—. ¡Qué listo es usted, señor Travers! ¿Quién cree que mató a Fogg?

—¿Usted? —entornó los párpados Hamilton.

Apolo y Ossip miraron estupefactos a Natalia cuando ésta admitió:

—En efecto, yo. ¡De modo que tengo no sólo la fórmula del *Mistowen*, sino todo el correo que Praskunin entregó a Fogg en Miami!

—Pero... ¿qué estás diciendo? —jadeó Apolo—. ¿Tú mataste a Afanasio? ¿Estás loca?

—¡Lo maté porque tenía que hacerlo! Afanasio estaba perdiendo la cabeza por esa negra que conoció aquí, y en cualquier momento podía cometer una tontería por culpa de ella, que incluso podía ser una agente de la CIA.

—Ahora, en vez de ángeles, hablamos de fantasmas —dijo Hamilton—. ¿De modo que pensó usted que Daisy era una agente de la CIA que estaba... seduciendo a Albert Fogg, a su camarada Afanasio?

—¡Eso pensé!

—Mentira —dijo secamente Hamilton—. Usted sabía que Daisy Smith no podía ser una agente de la CIA seduciendo a Fogg, por la sencilla razón de que Afanasio era un buen espía, de los mejores, y porque la CIA, si bien tiene más o menos controlados a los rusos residentes en Nassau, y hasta quizá intercambian saludos con ellos, no tenían la menor idea de que aquí se había instalado un grupo especial de rusos al mando de usted. No tenían ni tienen todavía, supongo, la menor idea. Así que usted no mató a su camarada Afanasio por eso, ¿verdad que no? Lo mató por celos...

—¡Cállese! —gritó Natalia.

—¿Por qué demonios he de callarme, si me da la gana de hablar? De todos modos voy a morir, así que si quiere que me calle

tendrá que matarme ahora. ¿No? Pues entonces seguiré hablando... Era muy guapo y cariñoso Albert Fogg, ¿no es cierto? He podido ir sabiendo que era un hombre amable, simpático, ¡y tan atractivo! Sí, era muy guapo su camarada Afanasio. Y usted, con su horrenda cara picada de viruelas, cometió la locura de enamorarse de él.

—Cállese —jadeó Natalia, lívida—. ¡Cállese o no va a salir vivo de aquí!

—No —intervino Ossip, sombríamente—. Quiero que el americano nos lo diga todo, Natalia. O mejor, dínoslo tú, porque él ya ha dicho lo suficiente. ¿Es cierto que mataste a Afanasio por celos de esa negra? ¡Queremos saberlo!

—Lo maté porque... porque temía que...

—¡Queremos la verdad! —gritó Apolo.

—¡Está bien, pues la verdad, sí, le maté por lo que me dijo la otra noche, cuando fui a recoger el correo! ¡Me dijo que no quería seguir, que enviase su petición de renuncia a Moscú, que quería dejarlo todo para quedarse a vivir con esa maldita negra...! ¡Yo me había ofrecido a él varias noches, le había... le había... suplicado una sola noche de amor, y él... él...!

—A él no le gustaban las viruelas —dijo pérfidamente Hamilton.

—¡Me rechazó! —Casi sollozó Natalia—. ¡Me rechazó siempre, siempre, siempre, sólo tenía pensamientos para esa asquerosa negra...! Y yo... pensé que incluso podría delatarnos con ella, cometer alguna tontería, así que... le maté... y me llevé el correo.

—Los celos son terribles —deslizó Hamilton—. Y esto está resultando una gran historia de amor y de espionaje. Pero vamos a dejar eso, Natalia. Usted tiene la fórmula del *Mistowen*... Pues bien: tiene que destruirla. Como ya les dije, las secuelas que...

—Cállese —farfulló Ossip—. No nos diga lo que tenemos que hacer con nuestro correo, Travers. Eso lo decidirán en Moscú.

—Ya. ¿Y qué más han decidido en Moscú? ¿Que... decidieron o planearon utilizando al ingenuo señor Jason Dalo?

—La invasión de Cuba —jadeó Dalo.

Hamilton pegó un brinco en el asiento.

—¿Qué? —aulló—. ¿Están locos?

—La invasión de Cuba, señor Travers.

—¡Pero eso es absurdo!

—No... O no me lo pareció entonces. Hace unos meses, la

señorita Laycock —señaló a Natalia Dedenko— hizo contacto conmigo, de un modo muy discreto, y me dijo que pertenecía a la CIA, y que ésta necesitaba una ayuda de alguien importante en las Bahamas para evitar un desastre a mis islas. Dijo que cabía la posibilidad de que los cubanos efectuasen un desembarco en las Bahamas como una provocación a los norteamericanos, los cuales, si respondían, darían lugar a la intervención soviética. Ocurriese lo que ocurriese luego, las Bahamas quedarían... arrasadas. Entonces, me propuso que ayudase a la CIA, y que con esa ayuda, evitaría que las Bahamas fuesen invadidas. Me pidió, sobre todo, que no comentase esto *absolutamente con nadie*, y que cuando todo terminase, la CIA se encargaría de hacer saber a quién correspondiese mi... patriótica intervención, con lo que, en las próximas elecciones, yo sería nombrado gobernador general...

—Dios bendito —jadeó Hamilton—. ¡Y usted la creyó! La creyó en un cincuenta por ciento, quizá. Y el otro cincuenta por ciento lo puso su propia ambición... ¿No es así?

—Sí —murmuró Dalo—. Así es. Bueno, en realidad ella me dijo que... que quizá finalmente no tuviéramos que hacer nada, pero que convenía ir preparando hombres y material. Por el momento, el primer material y los primeros hombres serían míos, de aquí, de las islas. Me facilitaron algunas armas de tal modo que tuve que creer que eran de la CIA. ¡Lo hacían todo bien, discretamente!

Hamilton soltó un bufido.

—Precisamente —dijo con sarcasmo—, si lo hacían tan bien debió usted comprender que no eran de la CIA, que somos unos manazas y unos bocazas... ¡Invadir Cuba! ¡Están locos! ¿Y para cuándo iba a ser esa invasión?

—No lo sé, pero ya pronto, así que teníamos que estar preparados.

—Pero... ¿no se da usted cuenta? Lo que Natalia quería, siguiendo el plan ruso, era que cuando esa invasión se produjera fuese un fracaso total, algo de risa, como ocurrió con lo de la Bahía de los Cochinos... ¡Jamás se conseguiría fruto alguno en esa invasión! Salvo, claro está, que Estados Unidos y Cuba congelasen bruscamente cualquier posibilidad de buena relación para muchos años en el futuro... ¡Eso es lo que quiere Rusia! ¡Y usted es un maldito imbécil ambicioso que...!

»¡Maldito sea, tendría que matarlo ahora mismo! ¡Invadir Cuba con avionetas de fumigación, cuatro lanchas y trescientos desdichados mal armados y peor entrenados...! ¡Váyase al infierno, imbécil!

—Se está usted excitando demasiado, señor Travers —rió Natalia—. Y no debería: es malo para la presión arterial. Tómese todo como lo que es: un juego. Esto es espionaje, ¿sabe, señor Travers?

—¡Esto es locura!

—Tal vez. Pero al menos se ha intentado. Hay muchas cosas que pueden parecer locura en nuestro trabajo, pero que causan admiración si se consiguen. Y ésta era una de ellas. Evidentemente, ya no se podrá conseguir, pero nadie sabrá nunca que se intentó y se fracasó..., porque ni usted ni el señor Dalo lo podrán decir. De momento, prepárense para salir de aquí sirviéndonos de escudo a nosotros tres.

—¿Y luego...?

Natalia Dedenko sonrió gélidamente.

—¡Qué preguntas tan tontas hace usted, señor Travers! —exclamó.

—Natalia —murmuró Apolo—, entonces..., ¿realmente tienes tú el correo, el último, el que trajo Afanasio de Miami la otra noche?

—Claro —se tocó Natalia la ropa, a la altura de los muslos—. No te preocupes, está todo micro fotografiado y seguro. Lo llevo cosido a mi vestido. Y es un material que, como siempre, llegará a Moscú.

—Tú también llegarás —deslizó Ossip—. Y nosotros, Natalia. Y tendremos que decir que asesinaste a Afanasio no por cuestiones de trabajo, sino por simples celos de mujer. Lo siento, pero tendremos que decirlo.

—Está bien —murmuró Natalia—. Ya hablaremos de eso mientras viajemos hacia Cuba...

—Está pensando en matarles —dijo rápidamente Hamilton.

—¡Cállese de una maldita vez! Y sepa que no le necesitamos a usted como protección, que nos basta el señor Dalo, de modo que si continúa molestándome.

—Me parece que está llegando la avioneta —dijo Ossip.

Natalia calló, escuchó atentamente, y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí —masculló—, está llegando. Bien, vamos a salir los cinco de aquí. Ustedes dos irán delante, Travers, pero muy cerca de nosotros. Y usted, señor Dalo, recuerde que si llegamos a la avioneta usted vivirá, pero morirá si alguien nos corta el paso. Adviértalo a sus empleados cuando salgamos de la casa. ¿Está claro?

—Sí... Sí.

De nuevo asintió Natalia, y esperó. Afuera se oyó claramente la llegada de la avioneta. Apolo se acercó a una ventana, y al poco, tras mirar hacia el exterior, se volvió.

—Ahí está. Sólo tenemos que salir, subir a ella y marcharnos. Está a menos de cien metros, en la explanada, y sólo hay un piloto, que está colocando la escalerilla plegable.

Natalia Dedenko movió la pistola hacia la puerta del despacho.

—Caminen.

Salieron del despacho, y en el vestíbulo de la casa vieron a dos empleados negros de Dalo, desarmados, pero al parecer ya alarmados por acontecimientos que no comprendían. No eran hombres de armas, sino simples criados, así que Dalo les hizo un gesto para que no interviniesen.

Salieron de la casa, descendieron del amplio porche... La avioneta estaba, en efecto, a menos de cien metros. Era blanca y azul. El piloto, que llevaba un «mono» de camuflaje, casco y lentes, esperaba pacientemente en el hueco de la puerta abierta en el lado derecho del aparato.

Había algunos hombres por allí, todos interesados inicialmente en la avioneta, pero todos acabaron por darse cuenta de la anormalidad de la situación, al ver a su patrón caminando bajo la amenaza de las metralletas. La sorpresa y el desconcierto los mantuvieron inmóviles, pero, sobre todo, los paralizó la instintiva comprensión de que si alguien hacía algo el señor Dalo iba a morir.

Hamilton Travers comprendía la actitud de los hombres de Jason Dalo. Sin éste, ellos no serían nada, a fin de cuentas. Sí, la verdad era que el personaje realmente importante en el grupo era Jason Dalo.

Sobre todo, para los tres rusos.

Y entonces, Hamilton Travers, que sabía que los iban a matar a los dos, tuvo la idea. La idea suicida, sin duda, pero morir por

morir, que fuese haciendo algo, aunque fuese una locura...

Su acción sorprendió absolutamente a todos. Estaban a menos de veinticinco metros de la avioneta cuando la llevó a cabo: giró de pronto hacia su derecha, donde tenía a Dalo, y descargó con la izquierda un tremendo puñetazo al mentón del negro, que salió disparado lanzando un grito, y desapareciendo inesperadamente de la línea de tiro de los tres rusos.

Poco menos que simultáneamente, Hamilton terminaba de girar siempre hacia su derecha, y su pierna izquierda subió con tremenda fuerza, alcanzando a Ossip en el vientre y derribándolo. Ossip emitió un berrido escalofriante, mientras la metralleta saltaba de sus manos. Natalia disparó hacia donde un instante antes había estado Hamilton, pero la granizada de balas falló su objetivo. Un instante más tarde, Natalia no sabía qué hacer, porque Hamilton, tras el feroz puntapié a Ossip, había saltado hacia Apolo, cuya primera reacción fue disparar en dirección a Jason Dalo, que rodaba por el suelo prácticamente sin sentido, con tal fuerza que las balas no le alcanzaron...

—¡Disparen! —aulló Hamilton, agarrando con ambas manos la metralleta de Apolo, y desviando la trayectoria de tiro—. ¡Disparen, disparen, disparen...!

Pero todo estaba sucediendo a tal velocidad que los empleados de Jason Dalo no pudieron reaccionar. Lo estaban viendo todo, pero seguían como paralizados... El señor Dalo estaba ya inmóvil, a salvo de las balas. Ossip yacía en el suelo encogido, Natalia se volvía hacia Hamilton nuevamente, pero éste, pese a que el cañón de la metralleta de Apolo quemaba sus manos, no la soltaba, y seguía gritando mientras giraba y colocaba a Apolo entre él y la rusa, que disparó por fin...

La granizada de balas alcanzó a Apolo de lleno en la espalda, matándolo en el acto. Hamilton vio el rostro demudado del ruso ante él, y dio un tirón de la metralleta, arrancándola de sus maños.

Fue en ese instante cuando supo que iba a morir.

Es decir, creyó que iba a morir, porque Natalia Dedenko le estaba apuntando por fin, y él, doloridas sus manos, no tenía tiempo de girar la metralleta, apuntarla y disparar anticipándose.

Entonces sonó un único disparo, procedente de la avioneta.

Hamilton Travers contempló con expresión desorbitada cómo la

cabeza de la rusa reventaba de un modo espantoso... La bala disparada por el piloto de la avioneta la alcanzó en la parte posterior de la cabeza, y salió por la frente, por la línea del cuero cabelludo, causando un horrible destrozo y empujando a la rusa hacia delante, derribándola de bruces.

Los hombres de Dalo comenzaron a reaccionar, pero éste, desde el suelo, consiguió aullar:

—¡No disparéis, no disparéis...!

Muy cerca de él, Ossip se arrastraba penosamente hacia donde había caído su metralleta. Consiguió agarrarla, la orientó hacia el negro... y Hamilton Travers disparó por fin. En el suelo, Ossip Mosgliakov pareció iniciar una extraña danza que terminó bruscamente, como su vida.

Y entonces todo quedó en súbito silencio. El piloto de la avioneta corría hacia el lugar donde, en cuestión de cuatro o cinco segundos, se había decidido aquel juego del paraíso. Se detuvo ante Hamilton, y jadeó:

—¿Estás bien, Hamilton..., estás bien?

El estupefacto espía americano se quedó mirando al piloto, incapaz de reaccionar. Éste se quitó el casco, y sus rubios cabellos aparecieron a la luz del sol..., y acto seguido se quitó los lentes, dejando bien visible el bello rostro tiznado de negro.

Hamilton soltó una imprecación, y *de* pronto, apuntó a Modesty Caron con la metralleta.

—¡Quieta ahí, amiguita! —masculló—, ¡y deja caer esa pistola!

—Pe-pero, Hamilton, soy yo... ¡Soy Modesty!

—Lo sé perfectamente. ¡Pero deja caer esa pistola! ¡Ya estoy hasta las narices de que quieras controlarlo todo!

—Bien... Como quieras.

Modesty dejó caer la pistola y Hamilton movió la cabeza hacia Jason Dalo, que se había puesto en pie.

—Ayuda a ese hombre. Tráelo aquí. *Y usted*, señor Dalo, ordene a sus hombres que carguen a *los tres rusos* en la avioneta... ¡Vamos, haga algo *útil de* verdad!

Modesty ayudó a Dalo a sostenerse *en* pie, mientras los empleados de éste se acercaban, por fin, muchos de ellos armas en mano, pero aceptando los gestos de su patrón de no hacer fuego. Dalo dio las instrucciones, y los tres cadáveres fueron cargados en la

avioneta. Modesty miraba intrigada al agente americano, pero se abstuvo de hacer comentario alguno.

Y ni siquiera se alteró cuando Hamilton dijo secamente:

—Venga, chica lista y eficiente, sube a ese cacharro y ponte a los mandos. Y usted, señor Dalo, acepte este buen consejo: métase en su casa y no salga de ella, ni haga absolutamente nada, hasta que unos caballeros de la CIA y del MI5 vengan a darle instrucciones. ¿De acuerdo? ¡Y no se le ocurra mencionar a nadie esa barbaridad de la invasión!

—Sí... Sí, señor... Señor Travers, le estoy... muy agradecido, y si alguna vez necesita un amigo...

—¡Váyase al cuerno, cretino! —aulló Hamilton.

Subió a la avioneta. Modesty estaba sentada a los mandos, con la cabeza vuelta hacia él.

—Despega —ordenó Hamilton, hoscamente—. Rumbo a Miami, encanto.

—¿A Miami? —exclamó Modesty—. ¡Eso es una locura! Los de la CIA te van a capturar...

—¿Y no es eso lo que quieres? ¡Todo el tiempo has estado amenazándome con eso, con entregarme! ¡Pues bien, no vas a tener que molestarte en ello, chica lista, ya me entregaré yo mismo!

—Hamilton, no seas loco... Como mínimo, te van a encarcelar durante muchos años, por traidor. Escucha, mis compañeros están con los hombres de Dalo, están controlando la situación. Yo... he venido sola para ayudarte. Cuando Dalo pidió la avioneta comprendí que...

—Me estás enterneciendo. ¿Qué clase de ayuda quieres prestarme?

—Bueno, puedo... puedo llevarte a otro sitio que no sea Estados Unidos, y así... estarás libre; y... ¡No quiero que te pases el resto de tu vida en prisión!

—Atiza —sonrió de pronto Hamilton—. ¡Ahora va a resultar que verdaderamente estás enamorada de mí!

—Sí —murmuró Modesty Caron—. Sí, lo estoy. Sé que me he estado portando muy duramente contigo, pero era... era precisamente porque no podía soportar la idea de haberme enamorado de un traidor.

—¿Qué te parece? ¡Y a lo mejor hasta te gustó mi beso!

—No puedes imaginarte... lo que me costó reaccionar... de aquella manera...

—Todo esto es fantástico —gruñó Hamilton—. Pero no quiero perder más tiempo en conversaciones. Despega y pon rumbo a Miami. ¡Y no me repliques!

Modesty Caron tragó saliva, asintió, y a los pocos segundos despegaba. Hamilton permaneció junto a ella, observando sus maniobras hasta que la avioneta estuvo volando por encima del mar. Miró los indicadores de ruta, y gruñó de nuevo:

—Eso es: directa a los U. S. A..., cariño.

Se fue hacia el centro de la avioneta, abrió la portezuela, y empujó hacia el hueco a Apolo Gravilovitch, que se perdió en el vacío, hacia el azul del mar. Le siguió Ossip Mosgliakov. Y por último, Natalia Dedenko.

Hamilton Travers cerró la portezuela, y fue a sentarse junto a Modesty, en el asiento contiguo.

—Bueno —suspiró—, ¡y ahora, pueden irse todos a los mismísimos infiernos!

—Me parece que quien va a pasarse el resto de su vida en el infierno eres tú —dijo Modesty—. Todavía podemos cambiar la ruta, Hamilton.

—No, señor —dijo Hamilton—: ¡quiero darme el gusto de presentar mi dimisión irrevocable y decirles a todos que son unos... unos malditos cerdos!

—Les digas lo que les digas, eres un traidor, y ellos...

—Querida mía —sonrió maliciosamente Hamilton Travers—, voy a darte un disgusto tremendo: no soy un traidor, ni lo he sido nunca.

—¿Cómo que no? —exclamó Modesty, mirándole estupefacta.

—Te lo voy a explicar. Yo estaba harto del espionaje de matar y engañar, así que conseguí que me destinasen a otras... labores dentro de la CIA. Y a las pocas semanas me entero del asunto del *Mistowen*, y de que los señores de la CIA deciden dejarlo seguir su curso para que, con esas secuelas, fastidien a los rusos o a quien quiera que pretenda utilizar ese... medicamento. Así que se acabó, ya no aguanto más las porquerías. Porque resulta, amor de mi vida, que todavía es más siniestro trabajar en la parte interior que en la parte exterior del espionaje. Y decido dejarlo. Estoy de tan mal

humor que hasta envió al cuerno a una chica preciosa, la señorita Merton, que se había empeñado en acostarse conmigo. No estoy de humor para esas cosas. Y... ¿sabes qué hago?

—Dios mío...

—Sí, eres una chica lista. Ya vas comprendiendo, ¿verdad? Pues sí, eso hago. Me largo a Miami en busca del *Mistowen*, y me juego la vida como un estúpido solo para evitar que esa maldita droga caiga en manos de los rusos o de quien sea. Lo he conseguido, porque Natalia llevaba cosido a la ropa el microfilme que, entre otras cosas que me importan maldita la cosa, contenía la fórmula del *Mistowen*. Así que nada de gente... deteriorada por el *Mistowen*, nada de enfermedades óseas..., ¡nada de nada! Y ahora, vuelvo a casa, les diré lo que he hecho, y presentaré mi dimisión. ¡Ya estoy más que harto de estos juegos del paraíso! De modo que vas a dejarme en Miami, te vuelves a Nassau con tus amiguitos... ¡y que te vaya bien, Modesty Caron!

ESTE ES EL FINAL

Diez días más tarde, Modesty Caron esperaba en el aeropuerto Oakes Field de Nassau la llegada de determinado avión procedente de Miami. Y finalmente, el avión llegó, dentro de su horario, es decir, a las dieciocho treinta y cinco.

Cinco minutos más tarde, Modesty distinguía entre los pasajeros recién llegados al más alto, rubio, atlético y menos apresurado de todos. Vestía zapatillas deportivas, pantalón color crema, y una divertida e informal camisa estival. Llevaba una maleta y un maletín de viaje.

Cuando Modesty se plantó ante él, Hamilton Travers se detuvo, abrió mucho los ojos, y exclamó:

—¡Atiza! ¡El espionaje británico! ¡Estoy perdido!

—Hola, Hamilton —murmuró Modesty.

—Hola y adiós.

Continuó caminando, pero Modesty no se quedó atrás. Como pudo, acomodó su paso a las largas zancadas del americano.

—Cuando me dijeron que venías hacia aquí... no podía creerlo. ¿Estás bien, Hamilton?

—De modo que tus amiguitas me han estado espionando... No me hace nada de gracia, francamente. Sí, estoy muy bien, gracias.

—¿Cómo es posible que te hayan dejado marchar?

—Les amenacé con romperles la cara si no lo hacían.

—¡Oh Hamilton, estoy hablando en serio!

—Yo también —se detuvo de nuevo Hamilton—. Bueno, ocurrió que durante mi ausencia descubrieron al verdadero traidor, ¿sabes? Lo que demuestra que en la CIA hay otros tipos listos además de este humilde servidor.

—Entonces... ¡han aceptado que nunca cometiste traición!

—Pude convencerlos. Cuando les dije que por mi cuenta y riesgo había decidido impedir que el *Mistowen* circulase por ahí, se quedaron patitiesos. Pero todavía se quedaron más patitiesos cuando les dije el asunto que había resuelto aquí persiguiendo el *Mistowen*. Te diré una cosa, encanto: el señor presidente quería recibirme en la Casa Blanca para darme las gracias, pero yo les dije que no, que todo lo que quería era que aceptasen mi dimisión... ¿Sabes quién fue la persona que más lloró por mi dimisión?

—¿Quién?

—La señorita Merton. Oye, tú que conoces esto mejor que yo... ¿dónde me *recomiendas que me aloje* para pasarlo bien? Tiene que ser un lugar agradable, tranquilo, soleado, con piscina, bueno ya sabes. Y servicio inmejorable, desde luego.

—Conozco un sitio así: mi apartamento. Pero supongo... que no aceptarás, que no quieres... nada conmigo.

El ex espía americano dejó la maleta y el maletín en el suelo, tomó entre sus manos el rostro de la espía británica, estuvo mirándola unos segundos con su atención, y al fin, soltó un gruñido.

—Modesty: no aciertas ni una, cariño. ¡No habrás pensado que he venido a Nassau a ver al cretino del señor Dalo!

—¡Oh, Hamilton!

—Oh, infiernos —masculló Hamilton—, sólo queda una cosa por probar. Si sale bien, viviré en Nassau.

Atrajo a Modesty y la besó en los labios...

Cuando, una eternidad más tarde, terminó el beso Hamilton Travers había tomado su decisión: se quedaría en Nassau.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] En inglés, *Red Sky* significa *Cielo Rojo*. < <